

En este cuaderno no hay novedades

A P U N T E S

Tomo V

San José, Costa Rica
30 de Junio de 1940

No. 42

Una carta histórica

San José, 29 de julio de 1916.

Señor don Elías Jiménez Rojas:

Dice usted muy bien, querido amigo, «que no hay educación sin instrucción», y aun pienso yo «que sin educación no hay instrucción» efectiva y de consecuencias prácticas...

Y a propósito, ahora que tanto se trata del asunto—*intra muros et extra*, usted me entiende—, me permito contarle un cuento, parte de la propia «Historia de mi vida, una serie lamentable de equivocaciones».

En aquel tiempo—hace más de sesenta años—era yo estudiante de la Universidad de Madrid y profesor del «Colegio hispano-americano de Santa Isabel», donde asistían niños de la mayor aristocracia, en cuenta un sobrino del rey consorte don Francisco de Asís María.

Por eso, y, a mi parecer, según laudable costumbre, había lujosas fiestas de fin de curso y distribución de premios, con todo y discurso de un profesor, leído ante muy respetable con-

56
55a
R.
currencia de señoras y señores, que ponían miedo en el corazón, «risa» en los ojos...

Como yo enseñaba Retórica, no extrañé que el Director me encargase, la víspera del gran día, el discurso de tabla. Y lo hice, naturalmente, con tema pedagógico y apariencias de originalidad, mirando más a lo hermoso que a lo grave del auditorio.

Dije que la «instrucción», propiamente, contiene en sí misma «enseñanza y educación». Y con petulancia estudiantil, más que profesional pedantería, saqué a colación lo de *instruere navem* de los romanos, que es «aparejar el buque» o *in struere*, construir «en»; pues efectivamente, construido el casco de la nave, se bota al agua y a bordo se apareja, construyendo algo «en ella».

Por supuesto que, ante todo, hay que meter lastre y fondear en seguro, hasta que envergado todo trapo y todo listo, se zafan las amarras y navega la embarcación, bien tripulada y provista de su completo equipo...

Como presidía el acto un poeta, y a la sazón Ministro de Marina—el marqués de Molins—, movió las cejas—no cerúleas como las de Júpiter, sino negras y también célebres ya en letras castellanas—en señal de aprobación y aplauso.

Lo cual hubo de caldearme bastante la «máquina oratoria» y, leyendo más de lo que había escrito yo, dije lo que debía entenderse por

casco y aparejo en los racionales, así como por lastre y por timón y por gente a bordo y brújula o aguja de marear y demás menesteres para navegar en aguas de la vida...

Y como yo era entonces algo poeta en baja prosa corriente—gracias a los pocos años y mucha ignorancia de cosas positivas—me dejé correr más afuera, como quien dice, hasta engolfarme, comparando y distinguiendo, con pedagógica osadía, todo eso de jarcias y velamen, lastre y aguja de marear, así como gobierno y hábiles tripulantes en nosotros mismos, si oportunamente se nos instruye.

Y finalmente venía, con mi perorata, a parar en que la instrucción, o «superconstrucción» en el hombre como simple casco humano, pide conocimiento elemental de todo ello y fácil manejo acertado de lo mismo, esto es: enseñanza y educación...

Bien entendía yo las cosas a mi modo, y pareció que me comprendía el marqués poeta y ministro, cargado de cejas y aprobante; pero siempre dudé de que quisieran entender del asunto tantas ilustres abuelas, madres y hermanitas de la caterva colegial.

Sólo me informó alguien de que luégo, al salir y tomar sendos coches blasonados, unas a otras se decían: «¡Hija, qué maestro de escuela ése, tan charlatán y flaco y descolorido!...» Razón tenían, de sobra, las señoras duquesas,

marquesas y condesas, que no debieron de entender palabra y que harto hacían defendiéndose, con su abanico, del calor de junio...

Ahora, Elías amigo, después de tantos años y tantas novedades, en este sabio medio pedagógico, ¿qué ha de decir su prehistórico y humilde maestro—ya que la instrucción secundaria nació aquí el año de gracia en que fue fundado el Liceo de Costa Rica?

¿Y el Colegio de Cartago, nido de futuros Presidentes? ¿Y el Instituto Nacional de San José, donde se criaron maestros, magistrados, ingenieros y autores de ciencias y letras...?

Hombre, nó; esos son, en clase de Institutos y Colegios, lo que en cronología «persa» fueron para el rey Fernando VII de España los dos «llamados años», del 12 al 14 del siglo XIX. No de otro modo piensan, ni cogen por otro camino, los que suelen andar en eso y hacer lo que mejor parece al bien público.

Siempre pensaba yo en lo mismo sobre el particular, y ahora tengo a mucha honra sentir en ello—como generalmente, en todo lo humano—con los que sienten hondo de todas las cosas, y es a saber: «que sin conocimiento y estima de lo pasado no hay progreso de presente, ni esperanza de mejorar lo venidero...».

Y es que los racionales parecemos distinguirnos de los demás vivientes, en esta vida trinitaria, o trinidad de vida, o triple vida—

presente, pasada y futura—donde, como se ha dicho superiormente, «vivimos, nos movemos y somos».

Suyo afectísimo,

VAL. F. FERRAZ

Efemérides Costarricenses

(De la colección de efemérides publicadas por Alfonso Jiménez Rojas con el seudónimo de A. de S. en *El Figaro*, de 1901 a 1902).

14 de diciembre de 1824

Se erige en esta ciudad la Casa de Enseñanza de Santo Tomás por decreto del Congreso Constituyente del Estado⁽¹⁾.

El preámbulo del decreto dice: «Teniendo presente que la base esencial de la prosperidad pública y en que debe apoyarse el sistema adoptado, son las luces; que de éstas se carece mucho en Costa Rica, a pesar de los deseos de los pueblos, y que no podrán propagarse de otro modo que con un establecimiento de educación pública . . . ». Dispúsose, entre otras cosas,

(1).—Con el mismo nombre de Casa de Enseñanza pública de Santo Tomás se había fundado en 1815 un establecimiento de enseñanza en esta ciudad de San José, a expensas del vecindario, según suscripción hecha el 1.º de marzo de ese año ante el Alcalde ordinario segundo. También por suscripción voluntaria del vecindario se reunió el dinero para hacer el edificio respectivo, que costó más de dos mil pesos y quedó terminado en diciembre de 1816.

que la enseñanza comprendiera «a más de las lenguas útiles y elementos de leer y escribir, Filosofía, Derechos y Teología», y que los graduados en la Casa fuesen preferidos, *teniendo conducta*, a cualesquiera otros en los destinos públicos y de nombramiento del Gobierno. Se dotó al establecimiento con determinados fondos, entre éstos el valor de los cañones y pertrechos pertenecientes al vecindario de San José y vendidos al Estado.

El Reglamento de la Casa se expidió el 25 de abril de 1825. Años después la Casa de Enseñanza de Santo Tomás convirtiéndose en Universidad de Costa Rica, con el mismo patrono.

15 de agosto de 1888

Celébrase la última memorable reunión de los miembros de la Universidad Nacional, en el salón del histórico edificio de la misma, en vísperas de realizarse el proyecto del Presidente de la República, señor Lic. don Bernardo Soto, de su ministro señor Lic. don Mauro Fernández, de su Congreso y de su círculo, contra la vida de la institución ⁽²⁾.

El acto revistió solemnidad inusitada, la

(2).—A este círculo pertenecía—desgraciadamente—el Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno, quien fungía en ese momento como Rector de la Universidad.—E. J. R.

solemnidad de una muerte gloriosa. Los miembros que concurrieron, como en número de cuarenta, tenían consciencia de la importancia del suceso, y dieron raro ejemplo de valor cívico.

Presidió la sesión el patriota señor Lic. don Félix A. Montero, a cuyo nombre, que es la personificación de la que fue voluntad acerada puesta siempre al servicio de los ideales generosos y nobles, quedó unido el de la Universidad de Costa Rica, de tal modo que no se puede hablar de ésta sin evocar la memoria de su ilustre paladín. ¿Qué mejor monumento que ese podrá llegar a tener el señor Montero?

Ocuparon además la mesa de la presidencia los otros individuos de la Directiva que no habían desertado: el señor don Elías Jiménez Vargas y los señores Licdos. don José Antonio Quirós y don José Joaquín Trejos, que aún viven ⁽³⁾.

El señor Montero alzó la voz por última vez en aquel sagrado recinto, para informar a la asamblea de que las gestiones hechas cerca del señor Presidente Soto para hacerle desistir de su intento, habían sido vanas, y tratar de las resoluciones que debían tomarse.

Usaron también de la palabra el señor Jiménez Vargas, don Juan Fernández Ferraz, los Licdos. don Ezequiel Herrera, don José Var-

(3).—Esto fue escrito en 1901.

gas M. y don Rafael Pacheco y otros; brillaron los unos por su elocuencia y todos por la sinceridad que revelaron.

Se acordó elevar al Congreso una exposición y enérgica protesta, que deberían firmar los señores Montero, Herrera, Vargas y Fernández Ferraz, como en efecto lo hicieron; y se nombró a los señores Montero y Vargas para que como apoderados generales de la Universidad, defendieran los derechos de ésta por los medios legales.

22 de agosto de 1888

Promúlganse dos decretos famosos de la administración de don Bernardo Soto: uno en que se declara abolida la Universidad de Costa Rica, y otro en que se destina a oficinas públicas el edificio perteneciente a la Universidad.

Aparte de los móviles que tuviera el gobierno del señor Soto para destruir esa institución en vez de levantarla, si había decaído, y ayudarla a alcanzar sus fines, están a la vista de todos los efectos del primero de los dichos decretos: desapareció el Cuerpo que integraban todos los hombres de ciencia y de letras y los estudiosos del país, y que era naturalmente el llamado a dirigir la enseñanza, y cayó ésta bajo la férula de una secretaría de Estado, servida como lo quieran las circunstancias, y cuyos actos no

pueden obedecer sino a las conveniencias políticas.

El segundo de esos decretos parece dictado por la saña; equivalía a decir a los miembros de la Universidad que la defendían: quedáis disueltos, os arrebató vuestros bienes, y por haber osado enfrentaros a mi fuerza, veréis el edificio que os sirve de asiento destinado a cualquier cosa menos a la enseñanza profesional. Debido a este decreto quedaron las escuelas profesionales privadas del cómodo y decente edificio que nuestros mayores para ellas construyeron. La Escuela de Derecho anda desde 1888 como cualquier vecino de San José que no tenga casa propia; de aquí para allá, y como dijo alguien: «saliendo de una casa que amenaza ruina para meterse en otra donde los estudiantes no pueden ni estirar los brazos». Y algo peor sucede a la de Farmacia ⁽⁴⁾.

Se dijo en 1888 que el edificio de la Universidad era inadecuado para la Escuela de Derecho, única que subsistía, y hoy, al cabo de muchos años, no hay en la capital otro mejor que ése para los dos centros profesionales que ahora existen.

(4).—Fundada por la Facultad de Medicina, 10 años después de la extinción de la Universidad.—E. J. R.

¡Hace 52 años!

Señores Secretarios del Congreso Constitucional:

La Corporación Universitaria, reunida en Asamblea general a las seis de la tarde del día quince de los corrientes, por convocatoria de la Junta Directiva, a fin de poner en su conocimiento el resultado de las gestiones hechas ante el Supremo Poder Ejecutivo, relativamente a los proyectos sobre extinción de la Universidad y destinación del edificio que lleva este nombre a oficinas públicas, acordó por unanimidad elevar ante ese alto Cuerpo la exposición motivada y solemne, y enérgica protesta, que pasamos a hacer.

Los proyectos en referencia son inconstitucionales; y por tanto los puntos que resuelven ilegales: ellos conculcan dos garantías individuales consignadas en nuestra Carta Fundamental, a saber: la libertad de asociación y de enseñanza, y además son un ataque a la propiedad particular.

La Universidad de Santo Tomás es una entidad jurídica legítimamente constituida, con vida propia e independiente y con personería bastante para adquirir derechos y obligaciones.

Su existencia cuenta más de medio siglo; y durante ese largo lapso de tiempo, salvo intrusiones despóticas del Poder Ejecutivo, ha

tenido la libre administración de sus fondos y ha hecho transacciones, que ante la ley y ante los tribunales han producido todos los efectos legales que por su naturaleza debían producir.

La Constitución y leyes de la República garantizan no sólo la existencia sino la creación de asociaciones que persigan cualquiera de los fines sociales, ya sea de religión, de moral, de beneficencia, de industria o de comercio, científico, artístico, etc.

La Universidad persigue altos y nobles fines, que no se oponen en nada ni a la moral ni al Derecho, y tiene por tanto derecho de vivir, como viven las demás entidades jurídicas, que en esta o la otra forma persiguen fines sociales; pero hay más: la Universidad no sólo tiene derecho de vivir sino que es una necesidad social y legal su existencia; social, porque no puede haber facultades profesionales, sin un lazo de unión, sin un centro superior, que les dé unidad y armonía; y legal porque existen diferentes leyes en el país, que reconocen a la Universidad como la autoridad superior llamada a calificar la competencia de los que aspiran a grados literarios y a conferir los respectivos títulos.

En efecto, la Ley Fundamental de educación común de 12 de agosto de 1885 en su artículo 1.º establece que la enseñanza es oficial o particular, y se divide en primaria, complementaria, normal, general, especial, profesional y univer-

sitaria, comprendiendo esta última según el artículo 24 de la misma ley las Facultades de Filosofía, Leyes, Matemáticas e Ingeniería, Medicina y Cirugía.

La ley de 4 de agosto de 1881 en su artículo 11 establece: que desde su publicación, la Universidad será la única autoridad competente en la República para el conferimiento de cualquier grado académico y que lo será igualmente para el de los títulos periciales a que se contrae el capítulo 13 del Reglamento de 1.º de abril de 1875.

Por acuerdo del Ministerio de Instrucción Pública de 28 de mayo de 1883,—Considerando el Ejecutivo: 1.º que la Universidad de Santo Tomás, como una institución importante y respetable, debe tener vida propia y facultades para nombrar su Rector y Directores conforme a sus estatutos; 2.º que los diferentes acuerdos del Poder Ejecutivo desde la creación del Instituto Nacional que han venido cercenando las facultades de dicho cuerpo hasta dejarlo sujeto a una sola cabeza no tienen razón de ser; 3.º que aunque el Ejecutivo quisiera desde luego revocarlos y dar a la Universidad las facultades que antes tenía, tropieza con la ley de 4 de julio de 1874, que en su artículo 6.º dispone que el Rector de la Universidad será de nombramiento del Ejecutivo, cuya ley debe ser derogada para que la Universidad se organice como antes, a

cuyo efecto el Ejecutivo hará sin pérdida de tiempo la iniciativa al Excelentísimo Congreso; y no pudiendo entre tanto quedar acéfala la Universidad, se resolvió: que mientras se restablecía la Universidad en el pleno goce de todas las atribuciones y prerrogativas que por leyes anteriores le correspondían, el Ministro de Instrucción Pública en calidad de Rector continuará en sus funciones sin el sobresueldo, etc., y en efecto, por decreto del Congreso de 12 de junio del mismo año, se mandó a la Universidad de Santo Tomás procediera a elegir el Rector y la Dirección de Estudios que debían regirla conforme a las leyes y estatutos vigentes al emitirse la ley de 4 de julio de 1874 y que tendría las mismas facultades en lo directivo, administrativo y económico que le acordaban las disposiciones referidas; y que por cuanto la Universidad había estado en receso por tiempo dilatado, el Supremo Poder Ejecutivo haría la primera elección de Rector y Directores, cuyo período sería de dos años, quedando derogada en todas sus partes la precitada ley de 4 de julio y todos los acuerdos subsiguientes que se opusieran a aquel decreto; y en su cumplimiento se hizo el nombramiento que contiene el acuerdo de 14 de junio del año citado: los estatutos vigentes al emitirse la ley de 4 de julio eran y son hoy los emitidos el 1.º de septiembre de 1843. Y téngase presente que al decreto legislativo antes citado precedió una

Asamblea Universitaria convocada privadamente por varios miembros de la corporación, entre los que figuraban como campeones principales los Lics. don Pedro Pérez Zeledón y don Mauro Fernández, presidiendo esta Asamblea el último, quien habló con energía en reivindicación de los derechos de la Universidad y sostuvo con entereza y propiedad la autonomía e independencia que a este cuerpo docente correspondía por su naturaleza, improbando el acto despótico que tales derechos había arrebatado.

Por el artículo 24 de la ley general de educación común, emitida en 26 de febrero de 1886, se incluyó al Rector de la Universidad de Santo Tomás entre los miembros que componen el Consejo Superior de Instrucción Pública como representantes de la segunda enseñanza y de la enseñanza libre. Esta ley está refrendada por el actual Ministro de Instrucción Pública ⁽⁵⁾.

Este mismo funcionario, en el muy loable afán de levantar la instrucción, refrendó también la ley de 6 de febrero de 1887, creando el Liceo de Costa Rica, y en 16 de diciembre del mismo año el Ejecutivo decretó el reglamento del mismo Liceo, definiéndolo en su artículo 1.º como un establecimiento de enseñanza elemental y secundaria fundado en esta capital bajo la protección

(5).—El mismo Lic. don Mauro Fernández.

del Estado y de la Universidad de Santo Tomás, la cual contribuye con la suma de siete mil doscientos pesos anuales para su sostenimiento, como dos entidades distintas que contribuyen con sus fondos al sostenimiento de aquel plantel. En el artículo 5.º del mismo Reglamento se establece: que los alumnos que terminen sus estudios en la división superior obtendrán un certificado de idoneidad que servirá de base a los de las secciones Real y Técnica para optar en la Universidad respectivamente al título de Bachiller en Filosofía y Bachiller en Artes, etc.

Entre el Consejo del Liceo creado por el artículo 20 del mismo Reglamento figuran dos miembros de la Dirección de estudios de la Universidad de Santo Tomás. Conforme al artículo 4.º de la ley de 28 de diciembre del año próximo pasado, se establece: que a los alumnos de los colegios particulares aprobados que sean, se les expedirán las certificaciones correspondientes en igual forma que las que se dan en los Colegios nacionales, pero con expresión de aquél de que procedan; y que estos documentos serán respetados en todos ellos y en la Universidad de Santo Tomás para los efectos legales.

La Ley Fundamental de Instrucción Pública, la de Educación Común, la de Fundación del Liceo de Costa Rica y su Reglamento acaban de ser emitidas; aun no se han palpado sus re-

sultados, y ¿se ha demostrado la necesidad y conveniencia de destruirlas tan pronto? ¿Se pretende ya destruir el edificio levantado para proteger con su sombra a la generación que hoy se está formando? ¿Es posible arrebatarse así tan fácilmente derechos legítimamente adquiridos?

Todas las disposiciones legales citadas están demostrando con claridad dos puntos cardinales: el 1.º que el Estado reconoce su impotencia para descender a todos los detalles indispensables para el buen servicio público en el ramo más importante de la administración, como es el de la enseñanza en todos sus ramos y grados, y la necesidad de ejercer la misión tutelar que los principios de buen gobierno enseñan, permitiendo la existencia de establecimientos públicos con su organización y capital propios, y que los ponga a cubierto de todo evento económico o político que pudiera impedirles la prestación constante de los importantes servicios de utilidad para la Nación entera; y 2.º que la Universidad de Santo Tomás, como todas las Universidades del mundo, desde tiempo inmemorial, es la representación viva de todos los conocimientos humanos, la cabeza y centro regulador de la enseñanza profesional.

Pero, aparte de estas verdades reconocidas por la ciencia administrativa, en el presente caso militan razones especiales que entrañan el res-

peto debido a la propiedad particular que la Constitución declara inviolable.

Consta de los documentos adjuntos que el edificio que hoy tiene la Universidad es de la propiedad exclusiva de ésta, y que como personalidad con vida y patrimonio propios, tiene indisputable derecho a ser amparada y protegida por los poderes y leyes del país.

Los proyectos presentados a la alta deliberación del Congreso no hacen mención, ni aun por incidencia, de la necesidad, utilidad y conveniencia públicas de una expropiación forzosa, y menos de la previa indemnización del valor del edificio y de los daños consiguientes, como lo manda el artículo 29 de nuestra Carta Fundamental.

Permítasenos recalcar por cuantas veces sea necesario, que al tratarse de establecimientos públicos de esta naturaleza, puestos por la ley bajo la égida del Estado, nunca debe tomarse en cuenta el origen de donde nacen, ya sea de la fortuna pública o privada; tanto porque aquélla está formada de ésta, como porque el darles vida y autonomía es por el carácter especial de los servicios que prestan, indispensable para la existencia intelectual y moral de las sociedades; porque así como el cuerpo se destruye y muere, faltándole el alimento asimilable para su conservación, así el alma yace en la ignorancia y el error, cuando no se le da el pan de la ins-

trucción en todos los grados, a que tiene derecho la perfectibilidad de que es susceptible el sér humano.

Nosotros creemos que el Gobierno puede edificar y seguir adelante en el desarrollo y complemento del plan de instrucción preconcebido, sin destruir lo existente, que está y puede seguir sirviendo mientras se consigue una cosa mejor.

No ha sido preciso destruir ni destinar a ajenos usos las casas en donde hoy está el Liceo de Costa Rica; y no obstante hoy está en construcción un importante edificio para Colegio de Señoritas.

Ante la seguridad de tener como tenemos el valioso edificio de la Universidad, y en la esperanza de obtener otro mejor, creemos que la razón y la buena lógica nos prescriben estar antes por lo cierto que por lo dudoso. Por todas estas consideraciones y fundamentos de derecho y de justicia, la asamblea universitaria cree que ni el Poder Ejecutivo ni el Legislativo tienen derecho para legislar y disponer ni sobre la libertad de asociación, ni sobre la libertad de enseñanza, que indiscutiblemente se atacan con los proyectos que combatimos, ni sobre la propiedad, a no ser en los casos de expropiación forzosa, que establece el artículo 29 de la Constitución, porque cualquiera ley que se dé contra esas garantías individuales que consigna nuestra

Carta Fundamental, sería nula y de ningún valor, según lo dispone el artículo 17 de la misma. Cree la Asamblea Universitaria que si de los documentos que presenta, fuéramos de muchos otros que no se exhiben, por no creerlo necesario, no resultara como resulta prueba suficiente para justificar la propiedad exclusiva del edificio y de su capital en favor de la Universidad, esto está en la consciencia de todos los costarricenses, y especialmente en la de los individuos que hoy componen los altos Poderes del Estado, como lo demuestran los hechos de haber propuesto compra del edificio, y de pagar intereses por el capital consolidado; y en esta convicción ha resuelto ocurrir ante ese Alto Cuerpo pidiendo que impruebe estos proyectos a que nos referimos, declarando: que no está en sus atribuciones legislar, destruyendo garantías individuales, que expresamente concede nuestra Carta Fundamental; y protestando de la manera más solemne y enérgica, que si su solicitud fuere desatendida, no consentirá en ninguna disposición legislativa, que así ataque su autonomía y derechos legítimamente adquiridos, los que hará valer ante los Tribunales.

Señores Diputados, esta no es una ley pasajera que se olvide mañana; esta es una ley de trascendencias sociales, que juzgará la historia: no permitáis con un voto inmeditado que vuestro nombre sea maldecido por la generación

que viene, que ha de juzgar vuestra conducta, en punto de tan vital importancia para la existencia de nuestras libertades públicas, que con tan nobles esfuerzos conquistaron nuestros mayores ⁽⁶⁾.

Servíos, Señores Secretarios, poner lo expuesto en el alto conocimiento de la Cámara para que lo considere en su oportunidad.

La Comisión Universitaria nombrada al efecto por la Asamblea General:—JOSÉ VARGAS M.—FÉLIX A. MONTERO.—EZEQUIEL HERRERA.—JUAN F. FERRAZ.

San José, 16 de agosto de 1888.

Mi hermano Alfonso fue el segundo bibliotecario de la Universidad. Yo le serví de ayudante. El primer bibliotecario había sido don Miguel Obregón, partidario de don Mauro Fernández. Mi tío Adriano Rojas, agrimensor, muerto antes de mi nacimiento, fue el primer secretario. Creo que soy el único sobreviviente de los universitarios fieles que asistieron a la asamblea última de 1888.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

(6) La generación que vino, la actual, no maldice la memoria de aquellos Diputados. Al contrario, va a levantar una estatua al Licdo. Fernández.

Carta abierta de un Biólogo a un Estadista

POR ALBERT EDWARD WIGGAM

(Fragmento)

Como sabéis, la biología es la ciencia de la vida. Ahora bien: vosotros reguláis la vida en esfera más vasta que cualquiera otra criatura humana. Todo aquello que decís, pensáis o hacéis con referencia a la vida es, por consiguiente, de importancia trascendental para el mundo entero. Sois, por decirlo así, los árbitros de los destinos de la raza. Lamento verme obligado a declarar, sin embargo, que existen cinco o seis mil volúmenes e innumerables estudios especiales sobre la vida, de los cuales no tenéis, evidentemente, el menor conocimiento; o, si lo tenéis, ha ejercido influencia singularmente escasa sobre vuestra política y sobre vuestras acciones.

Conocéis los diez mandamientos que el Señor grabó en las pétreas tablas de la ley y dió a Moisés, uno de vuestros predecesores, como norma genuina del arte de gobernar, añadiendo más tarde dos suplementos conocidos como la regla de oro y el sermón de la montaña. Habéis fracasado lamentablemente en llevar a la práctica estos antiguos principios, y talvez sorprenderá a vuestra excelencia el verificar que Dios con-

tinúa aún revelando nuevos aspectos de estos principios vitales y políticos. En vez de hacer uso de tablas de piedra, profecías, visiones y sueños, el Señor brinda hoy al hombre el microscopio, el telescopio, el espectroscopio y el tubo de ensayos químicos, para que se halle en situación de descubrir por sí mismo los misterios de la vida. Estos modernos instrumentos no sólo han añadido una lista enorme de nuevos preceptos, sino que ilustran la técnica a favor de la cual hayan de llevarse a efecto los antiguos. El hombre nunca ha sido verdaderamente justo, porque no había descubierto en qué residía la verdadera justicia. No podía conformarse a la voluntad divina, porque no sabía la forma de interpretar esta voluntad. Pero al cabo la ciencia ha revelado al hombre la técnica real de la justicia. Y este nuevo manual es de procedencia tan divina como el antiguo.

II

La *primera* advertencia que la biología hace al estadista es que la humanidad retrocede: que las razas civilizadas del mundo se hundan biológicamente; que *la civilización conforme la entendéis es fatal para la raza humana*; que vuestros magnos esfuerzos por mejorar la condición del hombre, en vez de contribuir a su perfeccionamiento, no hacen sino apresurar la hora de su

ruina; que el cerebro del hombre no progresa; que el hombre no adelanta como generador espontáneo de seres orgánicos; que las enfermedades producidas por microbios disminuyen con toda probabilidad, pero al mismo tiempo disminuye visiblemente la capacidad del hombre para resistirlas; que aumentan las dolencias fisiológicas y funcionales, como las «enfermedades del corazón», la enfermedad de Bright, la diabetes, el cáncer, las afecciones producidas por degeneración de las arterias, el hígado y los órganos centrales, las enfermedades «sociales» y de «hábito»; que se acrecienta el número de seres endebles, incultos, indigentes, holgazanes e idiotas, en tanto que disminuye la proporción de hombres superiores en las diversas clases sociales.

Temeroso de que imaginéis que pretendo solamente alarmaros, me permito instar a vuestra excelencia a echar una ojeada al diagrama biológico nacional. Las pruebas mentales a que se ha sometido al ejército demuestran que hay aproximadamente en la nación cuarenta y cinco millones de individuos que carecen de mentalidad adecuada. Su potencia intelectual nunca llegará a ser mayor que la que posee un niño de doce años. La mayor parte de esos individuos apenas si alcanzará siquiera esta escasa proporción de inteligencia. Además de los cuarenta y cinco millones de ciudadanos que carecen de mentalidad, pero que constituyen una mayoría

votante, hay otros veinticinco millones que tienen algo de inteligencia. Su capacidad de desarrollo mental y espiritual se equipara con la de los niños de trece y catorce años, y toda vuestra educación no puede añadir un ápice a su mentalidad. En seguida hay veinticinco millones de individuos que poseen claro criterio. No tienen gran proporción de inteligencia, pero la que tienen es de buena calidad. Y por último, hay algo más de cuatro millones de ciudadanos que tienen muchísimo entendimiento: poseen aquello que llamamos «talento». Nunca habéis pensado en aprovechar la inteligencia de estos cuatro millones en la empresa del gobierno de la raza humana; pero la inteligencia está allí. Vuestro deber primordial es poner a la obra a estos cuatro millones de individuos, haciéndolos cooperar con vosotros en el gobierno de la nación, en vez de querer hacerlo todo vosotros mismos.

Vosotros desafiáis a la naturaleza con vuestra civilización. La evolución es un proceso sangriento que la civilización trata de convertir en agua de rosas. Al arrancar al hombre de las manos brutales y sangrientas, pero benéficas, de la selección natural, lo colocáis en las manos perfumadas, suaves y delicadamente enguantadas, pero más peligrosas, con mucho, de la selección artificial. A menos que invoquéis a la ciencia en vuestro auxilio y hagáis esta selección artificial que llamamos civilización tan eficiente como

los rudos métodos de la naturaleza, estropearéis esta obra colosal. Esto es lo que estáis haciendo en grande en la América industrial.

Los cuatro millones de hombres de talento disminuyen, en tanto que se aumentan los noventa millones de ineptos. La diferencia proporcional de natalidad es uno de los verdaderos problemas políticos. Las naciones han perecido a causa de las diferencias de natalidad en la raza humana. La diferencia proporcional de natalidad de un décimo de criatura por familia, en una región respecto de otra, alteraría prontamente el destino entero de los pueblos. Y aquí se ha manifestado una diferencia proporcional de natalidad que asciende a criatura y media por familia entre vuestros cuatro y vuestros noventa millones de individuos.

Por otra parte, en el gobierno de vuestros millones os habéis contentado con dos grandes nebulosidades sentimentales: primera, que todos los hombres son iguales por el nacimiento; y segunda, que Dios ha de proveer caudillos para el pueblo. Pues bien: *todos los hombres nacen desiguales; y los caudillos no se hacen por medio de oraciones, sino a favor de células germinales.* «Lo más injustificable en el mundo es tratar igualmente a naturalezas desiguales». La dificultad no es que los hombres sean desiguales, sino que no son suficientemente desiguales. Mientras más pretendéis igualar las oportunidades,

más se marcan las desigualdades de los hombres. Habéis fracasado más allá de todo cálculo en igualar las *oportunidades*. Habéis tratado insensatamente de igualar a los *hombres*. Y esta impía doctrina igualitaria ha puesto en acción fuerzas económicas, sociales, políticas, educativas y aun religiosas, que eliminan de la corriente de sangre nacional las valiosas células germinales de vuestros cuatro millones de hombres superiores, y una vez que los cuatro millones se hayan disipado no quedará otra cosa que la austera pero eficaz disciplina de la barbarie, hasta que la naturaleza sea capaz de producirlas de nuevo.

III

La *segunda* advertencia de la biología es breve y concreta: que la herencia, y no el medio ambiente, es lo que hace a los hombres; que es el hombre quien hace el medio, y no el medio al hombre; que casi todas las miserias y casi toda la felicidad del mundo se deben, no al medio ambiente, sino a la herencia; que las diferencias entre los hombres provienen de las diferencias en las células germinales que les dieron vida; que las clases sociales, que vosotros tratáis de abolir, están ordenadas por la naturaleza; que no son los barrios bajos los que hacen a la gente del arroyo, sino la gente del

arroyo la que hace los barrios bajos; que principalmente, no es la Iglesia la que hace a la buena gente, sino la buena gente la que hace a la Iglesia; *que las personas buenas nacen y no se hacen*; que si queréis miembros de la Iglesia, necesitáis dar a la naturaleza ocasión de producirlos; que si queréis artistas, poetas, filósofos, diestros artesanos, la naturaleza debe tener una oportunidad de hacerlos florecer.

IV

La *tercera* advertencia que os hace la biología es que vuestros nobles cuanto inadecuados sistemas para *mejorar las condiciones de vida* han fracasado y fracasarán en el sentido del perfeccionamiento de la raza, y están, por el contrario, apresurando su degeneración.

Imagináis erradamente que es posible precipitar una evolución al agua de rosas para el inepto; mas la naturaleza ha progresado dejando que el diablo se entienda con los rezagados. Vuestro método es aumentar el número de los rezagados.

Creéis que los débiles y apocados deben heredar la tierra, y os habéis arreglado de manera que así sea. Absorben desde ahora casi la mitad del tiempo, energías y dinero de vuestra civilización. No observáis que los débiles y apo-

cados a quienes hoy protegéis son en su mayor parte los nietos de aquellos débiles y apocados a quienes protegieron vuestros abuelos, sólo que son muchos más numerosos, en tanto que la proporción de vosotros disminuye.

V

La *cuarta* advertencia de la biología es que la medicina, la higiene, la salubridad y todos vuestros esfuerzos para producir idoneidad física y mental donde sólo se encuentra el vacío, en vez de incrementar, por medio de la selección, la inagotable salud, energía y cordura que fermentan en los elementos que componen el protoplasma humano, están debilitando y debilitarán cada vez más la raza humana.

¿Quién aprovecha de vuestra higiene?

¿Quién absorbe vuestras medicinas? ¿Los fuertes o los débiles? Vuestros sabios encaminan sus investigaciones en el sentido de hallar cura para la tuberculosis, la insania, la debilidad del corazón, el endurecimiento de las arterias, mal funcionamiento del hígado, atrofia de los riñones; alguna panacea que oculte en vez de reforzar el punto débil de la armadura humana. ¡Dios bendiga sus esfuerzos! Pero, si os limitáis a la aplicación de estas panaceas y *no hacéis algo más*, destruiréis la misma raza que habréis sal-

vado. La raza que salve su vida necesita perder vida; quiero decir, necesita eliminar a sus miembros incapaces en vez de prepararlos para la reproducción. Si una raza desciende lo necesario, se encontrará en la cúspide; es decir, sus sobrevivientes serán los biológicamente idóneos. Las enfermedades extremas depuran la raza porque matan al débil y al vicioso. Dejan que el fuerte, el robusto, el virtuoso, transmitan la antorcha de la herencia a sus descendientes por nacer. Vuestra intención es buena, pero la naturaleza trastornará al cabo los resultados.

VI

La *quinta* advertencia de la biología es que la moral, la educación, el arte y la religión no adelantarán en forma directa la *innata* rectitud, adaptabilidad o capacidad artística y religiosa de la raza humana. Esto parece una afirmación sombría.

Empero, mientras más «perfeccionáis» el medio para vuestras plantas, animales u hombres, sin recurrir a la selección, más rápidamente se presenta el deterioro.

La selección científica es el único método capaz de perfeccionar a los hombres.

Ahora bien: vuestra excelencia debe haber llegado ya a la conclusión de que habéis hecho

una terrible mezcolanza con las cosas. Tal es la reacción espiritual que deseaba provocar. En opinión del biólogo la única esperanza de escapar de esta confusión es que, con nueva visión espiritual de la política, rindáis obediencia a los preceptos del nuevo decálogo de la ciencia, brotado del moderno Sinaí: EL LABORATORIO.

VII

El primer mandamiento que la biología prescribe al estadista es *el de atender a la eugenesia*. La eugenesia es el método ordenado por Dios para asegurar mejores padres a nuestros niños, con el objeto de que nazcan con mejores cualidades mentales, morales y físicas para afrontar la lucha de la vida. La eugenesia no significa otra cosa sino hacer que la evolución se produzca de manera consciente e inteligente. No es un plan, ni siquiera un programa. Es imposible decretar la eugenesia, del mismo modo que es imposible decretar los cambios del tiempo. La eugenesia significa una nueva religión, un nuevo código moral, un nuevo evangelio social y político, un cambio en los fines de la civilización y en las características fundamentales del hombre. Significa el perfeccionamiento del hombre como sér orgánico. Significa que el mejoramiento de las *capacidades innatas* del

hombre para la felicidad, la salud, el sano criterio y el éxito debe constituir el propósito vital del Estado.

Esto es la eugenesia, y nada menos que esto. Es simplemente la proyección de la regla de oro en la corriente del protoplasma. Los hombres del futuro nacerán de esta corriente, y sus cualidades dependen absolutamente de nosotros. Podemos hacer algo por su ambiente, pero podemos determinar por completo su herencia. Y esta herencia, el biólogo lo sabe, determinará en cuatro quintas partes su felicidad. Si Jesús estuviera entre nosotros, habría sido presidente del primer congreso eugenésico. Interpretando el significado espiritual del microscopio de Weissmann, los experimentos de Darwin y los guisantes de Gregor Mendel, habría exclamado: «Os doy un nuevo precepto: la regla de oro biológica, la regla de oro completada. Haced por el nacido y por el que está por nacer lo que quisierais que vuestros antepasados hubieran hecho por vosotros». Tal es el concepto biológico de la fraternidad humana. Tal es la verdadera regla de oro.

Extracto e. j. r.

Demasiadas leyes

POR HERBERT SPENCER

III

«Admitamos que la empresa privada haga mucho, y que haga bien lo que hace; se ha de reconocer a pesar de esto que a diario se encuentran vacíos que no ha llenado, de los cuales no se ocupa. En tales casos, es incompetente, eso salta a la vista, y, por tanto, al Estado toca remediar esta impotencia: que es lo que hace, no muy bien, pero tan bien como puede», dirán nuestros adversarios.

No insistiremos más sobre tantos hechos ya citados y de los cuales resulta que el Estado, en tal tentativa, se expone a hacer más mal que bien; no insistiremos en repetir que, en la mayor parte de los casos de que se trata, la aparente impotencia de los particulares ha tenido por *causa* la intervención del Estado. Con seguridad que no habría sido precisa ninguna ley sobre la marina mercante para impedir la partida de barcos incapaces de tenerse sobre el agua, ni para proteger a los marinos contra los malos tratos, si no hubiera habido leyes sobre la navegación para producir estas dos clases de males; con seguridad, que, si se prescindiera de todos los casos semejantes, en los que el mal, el vacío, tenían por causa directa o nó la ley, no quedaría gran cosa en apoyo de la tesis de que hablamos; pero, en fin, concedamos que, después de la desaparición de todos los obstáculos artificiales, quedarían aún muchos vacíos que llenar, frente a los cuales la iniciativa privada sería impotente, en la medida que cabe preverlo.

Sí, concedamos todos estos puntos; aún no quedaría justificada la intervención del legislador.

Efectivamente, la tesis en discusión supone, lo que no puede ser probado, que las formas sociales no obrarán nunca con más energía que hoy, que producirán por todos resultados justamente los que parecen en estado de producir.

Costumbre es de esta escuela tomar, por medida de un porvenir que una inteligencia omnisciente podría sólo alcanzar, las ideas de una inteligencia limitada. Cuando no creen que una cosa sea posible, deducen del hecho que nunca lo será. La sociedad, de generación en generación, no ha cesado de hacer progresos que nadie había previsto; sin embargo, en la práctica, no se cuenta, para el porvenir, con los progresos imprevistos.

En los debates parlamentarios, ¿qué es lo que se hace?

Pésanse con cuidado las probabilidades; pero se parte siempre del hecho de que las cosas permanecerán siempre en su estado actual.

Sin embargo, cada día se agregan al estado actual factores nuevos, y sin cesar se ven producirse resultados que se hubieran creído improbables.

En vano a diario los cambios más inesperados se introducen por las vías más extrañas: el legislador admite que la marcha de las cosas será precisamente la que los hombres de hoy pueden prever. En vano la exclamación tan corriente «¿qué hubieran dicho nuestros antepasados?» no es sino una manera de reconocer cuántos resultados maravillosos han sido obtenidos y por medios muy imprevistos; no parece creerse que lo mismo será más adelante. A pesar de las lecciones del pasado, es locura a los ojos de muchas gentes el descansar en la convicción de que las necesidades actuales de la sociedad se satisfarán espontáneamente, aun cuando no podamos ver por qué medios.

Sin embargo, ejemplos muy instructivos se ofrecen a sus miradas. Citemos algunos.

Nadie vió al pronto, en el descubrimiento de Oersted sobre el electro-magnetismo, un nuevo medio para detener a los criminales y facilitar el comercio. Nadie esperaba que los caminos de hierro sirviesen para disminuir el precio de los libros; y así es sin embargo. Nadie pensaba, cuando la Asociación de las artes concibió la idea de una exposición industrial internacional, que de ella nacería en Sydenham un palacio hecho para el placer de la vista y la educación de todos los cerebros.

No basta decir que se ha de contar con la fuerza vital de la sociedad para satisfacer poco a poco, espontáneamente, sin ruido, las mayores exigencias; no basta decir que los vacíos serán verdaderamente llenos por los medios naturales, mientras que por los procedimientos artificiales no se harán sino simples revocos. Aún hay más: mientras las necesidades de la sociedad no se satisfagan naturalmente, no serán del todo satisfechas.

Hé ahí, a los ojos de muchas gentes, una paradoja chocante; pero es fácil justificarla: que es lo que en pocas palabras vamos a intentar.

Más atrás queda demostrado que la fuerza creadora y motriz de un aparato social, trátase de administración, de comercio o de otra cosa, es siempre una suma de deseos individuales. Como no hay en el individuo acción sin deseo, así, hemos dicho, no puede haber en la sociedad ninguna acción sin un concurso de deseos.

A estas verdades, añadimos ahora esta otra:

Si en un individuo, en virtud de una ley general, los deseos más intensos, los que corresponden a las funciones más esenciales, son satisfechos los primeros, y hasta, si es preciso, a expensas de los deseos más

débiles y menos importantes, de igual modo, y por una ley general análoga, en la sociedad, las necesidades esenciales, aquellas de las cuales depende la existencia y la multiplicación del pueblo, deberán, en el orden natural de las cosas, pasar delante de toda necesidad menos urgente.

En efecto, las dos series de fenómenos tienen su raíz común en la constitución del hombre: es necesario, pues, que sigan la misma marcha.

El particular se procura en primer término el alimento, luégo los vestidos y un hogar; arreglado esto, piensa en tomar esposa; si puede hacer más, trata de tener una habitación con tapices, piano, buena bodega, criados, y da banquetes.

La sociedad se desarrolla de un modo semejante: primero se organiza para defenderse contra los enemigos y para conquistar el mayor botín posible; poco a poco nacen las instituciones políticas necesarias para sostener esta primera organización; en seguida, las necesidades en alimentos, en vestidos, en hogar, van aumentando, y se recurre a la división del trabajo; luégo, cuando se han cubierto las necesidades de la vida animal, poco a poco, van naciendo la ciencia, la literatura y las artes.

¿No es visible que el orden de sucesión de estos desarrollos es su orden mismo de importancia? ¿No es visible, puesto que cada uno de ellos tiene por causa un concurso de deseos, que deben aparecer según su orden de importancia, en virtud de la ley de correspondencia entre la energía del deseo en el individuo y la utilidad de la acción deseada? ¿No es visible también que este orden será observado más exactamente en la vida de las sociedades que en la del individuo? Porque si en este último las idiosincrasias pueden producir turbación, en el cuerpo social se neutralizan.

Basta tener buen sentido para no dudarlo.

Así se encuentra justificado lo que parecía una paradoja: una necesidad pública, en lo que no fuese satisfecha de un modo espontáneo, debiera no ser satisfecha....

Efectivamente, ahí está nuestro razonamiento, que lo mismo se aplica a una sociedad complicada que a la más sencilla: en general, todo trabajo descuidado es un trabajo cuyos productos no son tan necesarios como otros a la sociedad. De donde resulta este corolario: Hacer ejecutar por un medio artificial un trabajo descuidado, pagando al efecto a varios ciudadanos, es perjudicar a otro trabajo más urgente, que hubieran ejecutado y que quedará descuidado; es sacrificar la necesidad mayor a la más pequeña.

Se nos va a hacer esta objeción:

«Pero, en fin, los trabajos que ejecuta un gobierno, al menos representativo, los ejecuta para obedecer a un concurso de deseos. Por consiguiente, ¿a qué pensar que aquí lo menos útil no estará subordinado a lo más útil?».

Hé aquí nuestra respuesta:

Es indudable que se tiene una inclinación a seguir este orden; es indudable, en cuanto a esas necesidades primitivas, que la defensa del país y la seguridad de las personas, la máquina del Gobierno, que tiene ahí mismo su origen, las ha satisfecho según el orden natural; es indudable que, para otras necesidades primitivas y simples, ha podido ocurrir lo mismo; cuando, por el contrario, ya no se trata de deseos poco numerosos, generales y enérgicos, sino de deseos como los que quedan por satisfacer en un estado de civilización más avanzado, es decir, numerosos, moderados y particulares, no se ha de fiar en el buen juicio de los que gobiernan.

Entre una multitud de necesidades secundarias,

de necesidades físicas, intelectuales y morales, que en clases diferentes son sentidas con más o menos fuerza, y a las cuales un número de individuos más o menos grande, según los casos, permanece insensible, elegir la necesidad más urgente es tarea que no pueden llevar a cabo las fuerzas del legislador. No hay hombre, no hay asamblea de hombres que, en la inspección de la sociedad, pueda ver lo que ésta necesita; es menester dejar que la sociedad sienta aquello de que tiene necesidad.

A la experiencia, no a la teoría, se ha de pedir esa solución. Dejad que los ciudadanos experimenten, día tras día, males y disgustos de diversas suertes, y con los que sufren más o menos; poco a poco nacerán en ellos repugnancias proporcionadas a los que sufran, y, por último, según toda probabilidad, el primero que se suprima de todos los males será el peor.

«Pero lo que de ahí resulte será una marcha de cosas irregularísimas».

Sí, las costumbres, los prejuicios de los hombres, producirán muchas extrañezas, aparentes al menos; pero es preferible fiar en este método, a confiar en la inteligencia del legislador.

Caso de dudar de esto, pruebas no faltan en favor de lo dicho. Y, para hacer la comparación más concluyente, vamos a tomar un caso en que el Gobierno se halla por completo en disposición de decidir, conforme se cree: se trata de nuestros medios de comunicación.

Cuando se dice que los caminos de hierro hubieran sido mejor trazados, mejor construidos por el Gobierno, ¿quiérese pretender que el Gobierno habría observado el orden de importancia relativa mejor que lo han hecho los particulares?

Fue por responder a las exigencias de un tráfico

enorme, de un tráfico para el cual no bastaban los medios entonces en uso por lo que se creó la primera línea, entre Liverpool y Manchester. Luégo vinieron la gran unión, y el ferrocarril de Londres a Birmingham; en seguida el del Gran Oeste, el del Sudoeste, el del Sudeste, los de los Condados Orientales, el del Centro. Sólo entonces las líneas secundarias y los ramales atrajeron a nuestros capitalistas.

Lo que debía ocurrir ocurrió: las Compañías hicieron primeramente las líneas más necesarias, es decir, las más productivas: obraron como el trabajador, que prefiere un buen salario a uno mediano.

¿Hubiera el Gobierno adoptado un plan preferible? No hubiese sido fácil, porque el plan seguido era el mejor.

Peró hubiera podido adoptar uno peor: todo nos induce a creer que así lo habría hecho.

Es imposible la comparación directa; pero recuérdense las faltas cometidas en la construcción de las carreteras de la India y de las colonias.

O bien, otro ejemplo de las tentativas del Estado para hacer más cómodas las comunicaciones: hé aquí un hecho acerca del cual podemos insistir: mientras que nuestros gobernantes han sacrificado los hombres a cientos y tirado el dinero sin contar, para encontrar el paso por el Noroeste, que, si lo hubieran encontrado, hubiese sido inútil, han abandonado a las Compañías privadas el cuidado de explorar el istmo de Panamá y de atravesarle por caminos de hierro y canales.

Sin embargo, no queriendo deducir demasiado de esta prueba indirecta, contentémonos con un ejemplo: un canal abierto por el Estado para el comercio, en nuestro país, el canal de Celedonia.

Hasta hoy, esta obra pública ha costado más de 26.250.000 francos; hace muchos años que está acabada, y no se ha cesado ni un sólo instante de pagar

a emisarios para que atraigan el tráfico hacia aquel lado.

Y véanse cuales han sido las resultas, según el informe anual número 47, publicado en 1852.

Ingresos del año..	197.725 francos	
Gastos	231.525	»
Pérdida.....	33.800	»

¿Se ha visto nunca a una Compañía privada para la explotación de un canal hacer tales gastos con un tan lastimoso provecho?

Ahora bien, cuando un Gobierno es ya tan mal juez, tan poco competente para comparar la importancia de las diversas necesidades de la sociedad, cuando se trata de necesidades *de la misma especie*, ¿qué se ha de esperar de su competencia cuando las necesidades sean de especies distintas?

Cuando se ve, en asuntos en que una pequeña dosis de inteligencia bastaría para conducirse bien, que el legislador y sus funcionarios se engañan a este respecto, ¡cuántos y cuánto más terribles errores no se han de esperar de ellos en asuntos en que la mayor inteligencia no bastaría! ¡Cuando tuvieran que elegir entre miles de necesidades corporales, intelectuales y morales, que no puedan compararse directamente! ¡Y qué desastres si llevan a cabo sus decisiones!

Si se desea, para bien penetrarse de esta verdad, un claro ejemplo, bastará leer a este fin lo que sigue, extraído de la serie de cartas recientemente publicadas en la *Crónica de la mañana*, sobre el estado de la agricultura en el país de los franceses. El autor viene a decir que, en su concepto, Inglaterra adelanta en cien años, en lo que a agricultura se refiere, a la República de Francia; y prosigue en estos términos:

«Se ha de atribuir lo que sucede a dos causas principales.

»En primer lugar, por extraño que el hecho pueda parecer, en un país en que las dos terceras partes de la población trabajan la tierra, la agricultura no es honrada como debiera. Cuando el francés siente su ingenio algo desarrollado, huye a la ciudad tan infaliblemente como el hierro va tras el imán. No le gusta el campo, aquella vida le desagrada. Un agricultor aficionado sería en Francia objeto de curiosidad.

»Por otra parte, esta debilidad de la nación es alentada por un sistema de gobierno centralizador, por la multitud de colocaciones, todas ellas retribuidas. De todos los rincones de Francia, los hombres de energía y de recursos acuden, luchando juntos, para lanzarse en el mundo parisiense: quieren hacerse grandes funcionarios. En cada uno de los 84 departamentos, los hombres algo menos dotados en voluntad y en talento luchan por llegar al mando en la capital de la provincia. Quieren hacerse pequeños funcionarios.

»Desciéndase un grado, y se tendrá en pequeño el mismo espectáculo. La provincia es a la Francia lo que el cantón es a la provincia, lo que la comuna es al cantón. Todos los que tienen, o se figuran tener, un poco de seso en la cabeza, se apresuran a correr a las ciudades, a disputarse los empleos. Todos los que tienen, o pasan a sus propios ojos o a los ojos de otros, por tener poco talento y no ser buenos sino para este oficio, se quedan en su pueblo, cavando la tierra, cuidando del ganado, podando la vid, como lo hicieran antes que ellos tantas generaciones de sus antecesores. Y esto hasta que no queda ninguna inteligencia en el campo. Todo lo que hay en el país de voluntad, de instrucción y de talento va a sepultarse en las ciudades. Es muy corriente, si se sale

de una ciudad, no encontrar ni un sér instruido y bien educado hasta la ciudad siguiente. Todo intervalo es un desierto, una soledad para la inteligencia (1).

¿Y por qué esta especie de absorción, que arranca a los campos todos los hombres de valer que encierran?

A fin de procurar al Estado todos los funcionarios que necesita para tantos trabajos como creen tener a su cargo los gobernantes franceses: para divertir al público, para explotar las minas, para construir carreteras y puentes y para elevar innumerables edificios, para imprimir libros, para favorecer las bellas artes, para vigilar tal comercio, para inspeccionar tal industria, para hacer, en fin, esas mil y unas cosas que el Estado hace en Francia.

Y para reclutar el ejército de funcionarios que necesita, se ha de descuidar la agricultura. Para mejor velar por ciertas conveniencias sociales, déjase a un lado la primera necesidad de la sociedad. Se debilita la verdadera base sobre la cual reposa la existencia de la nación, a fin de asegurarse algunas ventajas, de las cuales se podría prescindir.

¿No teníamos razón al decir que, hasta el día en que una necesidad se satisface espontáneamente, debiera dejársela a un lado?

Aquí se revela a nosotros el lazo de parentesco que une dos mentiras: la una que se ha envuelto en esa fe en la intervención del Estado; la otra cuya justicia acaba de ser hecha por la agitación en favor del libre cambio.

En todos los aparatos inventados por el legislador para alcanzar los fines que sin eso no serían logrados, se encuentra, aunque bajo una más sutil forma, la idea en que se inspiran los proteccionistas. La cual es la misma política de vista corta que, por un lado,

(1) *Morning Chronicle*, agosto de 1851.

en comercio, inventó las primas y las protecciones, y por otra parte, entrando en los grandes negocios de la sociedad, predica la multiplicación de los cuerpos administrativos. Y en un sentido y en otro cae bajo los ataques de una misma crítica.

En efecto, el vicio secreto de toda ley cuyo objeto es sostener un negocio por fines artificiales, ¿no es en el fondo ese mismo error de que acabamos de hablar? ¿No es el olvido de esa verdad que, reteniendo gentes para hacer cierto trabajo, impide forzosamente que otro trabajo sea hecho?

Cuando nuestros hombres de Estado se creían muy sabios protegiendo las sedas indígenas contra las sedas francesas, ¿no se figuraban que todo el trabajo así asegurado a las nuestras era un beneficio neto para la nación? ¿No pensaban que las gentes empleadas en este trabajo, a falta de él se habrían vuelto hacia otro, y que este otro trabajo, pudiendo hacerle sin el amparo de la ley, podían evidentemente hacerle con más provecho? Cuando los propietarios territoriales defendían con tanta aspereza sus trigos contra la competencia de los trigos extranjeros, nunca se habían puesto ante los ojos una verdad tan sencilla como esta?

¿Qué venía a probar el que sus tierras no produjeran trigo a un precio bastante bajo para apartar todo peligro de competencia?

Sencillamente que no sembraban lo que era necesario sembrar; así es que su género de cultivo era comparativamente ruinoso.

Siempre que, por derechos engendrados de obstáculos, se ha sostenido un comercio que de otro modo no habría podido subsistir, se ha apartado el capital de su dirección natural para hacerle resbalar hacia un terreno en que era menos fecundante; suprimáse esos obstáculos: se hubieran sacado los artículos protegidos de cualquier comarca en que se fabricasen

más económicos; y, en cambio, habríamos enviado cualquier artículo de esos en los cuales, por nuestras aptitudes, por un privilegio del país, somos superiores a la otra nación. Por consiguiente, para entregarse a ciertos trabajos patrocinados por el Estado, las gentes se habían apartado de trabajos más ventajosos.

¿No se ve bien que todas estas intervenciones del Estado son causadas por el mismo olvido, trátase de comercio o de otra cosa, que el legislador, empleando hombres en el cumplimiento de tal o cual tarea, impidió el cumplimiento de aquella otra? ¿No se ha creído en todo tiempo, y siempre que se perseguía una ventaja, que si se obtenía sería todo provecho, ignorando que para obtenerla era necesario soportar cierto mal, y que sin esto ese mal habría desaparecido? ¿Y no tenemos razón al decir que ocurre en esto, lo mismo que en el comercio, que el trabajo encontrará sólo, y mejor que ningún gobierno, su empleo mejor?

Seguramente, ¿no es cierto?

Consideradas como es debido, las dos tesis no hacen más que una; la división de los asuntos en dos clases, los comerciales y los otros, no llega al fondo de las cosas. Todas las acciones de que se compone la vida de una sociedad caen bajo la siguiente definición general: un trabajo humano con la satisfacción de un deseo humano por objeto.

Que esta satisfacción sea obtenida por medio de ventas o por el de compras, o por cualquier otro sistema, cosa es que en nada cambia la ley general.

Es igualmente cierto en todo caso que, de dos deseos, el mayor será satisfecho antes que el más débil; y de idéntico modo, que procurar satisfacción a los deseos débiles antes que la naturaleza provea respecto a ellos, es rehusar satisfacción a los más fuertes.

(Seguirá)

Notas

En materia de idioma no puede úno declararse autoridad y definir a su antojo las palabras cuyo sentido ha sido fijado de un modo universal. Los términos *higiene* y *salubridad*, v. gr., se encuentran bien explicados en todos los diccionarios y hay que atenerse a dicha explicación. Quien no sepa más que español, abra el diccionario de la Academia Española:

«La higiene tiene por objeto la conservación de la salud. Es *privada* aquella de cuya aplicación cuida el individuo. Es *pública* aquella en cuya aplicación interviene la autoridad, prescribiendo reglas preventivas».

«Salubridad, calidad de salubre.—Salubre, saludable».

*

Muchas veces he aparecido en los diarios diciendo cosas que no he dicho o diciéndolas en una forma o manera que no es la mía. Esta falsificación de mi personalidad me ha molestado muchísimo en los últimos años; pero no he sabido defenderme.

*

Los establecimientos de enseñanza oficiales no son, generalmente, ni muy buenos ni muy malos: parecen condenados a la medianía: medianía en todo: personal docente, planes de estudios, masa escolar, etc.

*

A la palabra universidad se le dan dos sentidos: el de agrupación de escuelas profesionales y cátedras superiores, y el sentido de centro director y organizador de las escuelas existentes en una región. En el primer sentido, las universidades no ofrecen grandes ventajas: trabajan mejor las escuelas separadas, libres de los inconvenientes de las grandes aglomeraciones y libres de la incompetencia de los profesionales de otra especialización.

En cuanto a las universidades consideradas como centros organizadores de la enseñanza y encargados de la colación o conferimiento de los títulos, no hay persona cultivada que no reconozca la superioridad que representa una universidad relativamente a una Secretaría de Estado u otro cuerpo de carácter u origen político. Universidad que no dirija las escuelas de primera y segunda enseñanza, no es tal universidad.

*

El proceso mediante el cual una cabeza va eliminando el sinnúmero de contradicciones de que está llena, es el proceso de la simplificación, sin la cual no hay grandeza o altura. Esos escritores que se expresan con elegancia, para decir hoy lo contrario de lo que dijeron ayer, y sin más unidad que la de sus viejos rencores o envidias, no son en realidad grandes escritores.

Biblioteca Nacional
HEMEROTECA

*

Todo se acaba, menos la verdad. Es lo único que vale la pena de ser perseguido. Sólo ella nos hace felices. Quien cultiva su inteligencia da prueba de haber comprendido lo que es el fin supremo de la vida.

*

Hay declaraciones que tienen especial valor cuando las hace un hombre mayor de setenta años. Voy a hacer una con absoluta sinceridad. Se trata de religión. En contra de una afirmación muy corriente, debo confesar que la religión no fue nunca para mí motivo de gozo o de consuelo: antes de los 16 años fui creyente con fervor; pero la religión fue para mí un tormento, nada menos y nada más; tormento que no me ha hecho pizca de falta en el resto de mi existencia.

*

De niño, sorprendí una vez a mi madre diciéndole que a mí me parecía que la religión era como la música, que no empeora ni mejora a las gentes. Seguramente que la idea no era mía; pero su certeza se me ha venido confirmando con los años.

A mí no me extraña lo que me refiere una vecina, de un sacerdote español muy ilustrado:

que en su cuarto tiene junto al Crucifijo un retrato de Hitler, antipático y feroz.

Es tan sin influencia la religión, que he visto a un amigo y grandísimo católico bailar de alegría al saber las noticias relativas al desastre de Francia. Y ningún país ha prestado al Catolicismo mayores servicios que los que Francia le ha prestado. Los últimos «Padres de la Iglesia» han sido franceses. Los famosos oradores sagrados, desde Bossuet hasta Lacordaire y Monsabré, han sido franceses. Los templos franceses han sido los templos católicos más serios de todo el mundo.

*

Usted y yo, Juan y Pedro, todos somos desiguales, completamente desiguales: así es la naturaleza, por dicha. Nada hay que pueda suprimir esta desigualdad; pero sí hay una cosa que puede hacernos más felices a usted, a mí, a Juan y Pedro: la mejor comprensión de la verdad.

Mas no espere usted que esta comprensión cambie en blanco lo negro. El pueblo más culto de Europa, juzgado en masa, sigue siendo como en tiempo de Tácito, doble y agresor.

La humanidad progresa, sin embargo, lentísimamente, por obra de la selección natural únicamente. Gracias a esta selección, el mal se cierra a sí mismo el camino.

Los que hacen las guerras mueren en las guerras.



*

He hablado del progreso biológico. Voy a hablar ahora de lo otro que el hombre llama progreso. En las cosas materiales es innegable. No hay quien desconozca el adelanto que significa un cine o un radio (en masculino, señores; la expresión *la radio* es sencillamente un disparate). En cambio, es imperceptible la ventaja moral que lleven sobre Marco Aurelio los hombres más avanzados de nuestros tiempos. En lo religioso, la conclusión es más triste: el 90 por ciento de los hombres tienen una mentalidad cavernaria.

*

El progreso material no es sin embargo parejo. Hay cosas en que se vacila y se retrocede temporalmente. Fíjense ustedes en las grandes casas de comercio de muchas partes: por dentro parecen bodegones; por fuera son elegantes a partir de cierta altura; en la parte inferior son mamarrachos, con marquesinas de las que se usaban antes de la invención de las persianas venecianas.

*

Sin estabilidad de las tarifas de aduana (¡mientras se las juzgue necesarias!), el comercio decae, la industria se hace imposible y se abren las puertas a nuevas especulaciones inmorales. El arancel elástico que acaba de decretarse constituye una gran mancha para el actual Gobierno.

*

El socialismo o colectivismo, hipertrofiando al Estado, agobia al individuo y hace imposible la vida social, sea entre individuos, sea entre naciones, porque no hay sociedad posible ahí donde la palabra empeñada carece de valor, y el socialismo mata esta palabra—el Derecho, los Principios—sustituyéndola por la Ley de Emergencia, es decir, por la voluntad arbitraria de las multitudes. Cualquiera que sea su apariencia, desde la ingenua *economía dirigida* hasta el rabioso *totalitarismo*, el socialismo produce invariablemente uno de estos efectos: o carcome y debilita a las naciones o las empuja hacia la agresión.

Solamente a base de liberalismo puro puede hablarse de pacifismo cuerdo.

El hecho solo de que un Leon Blum pudiera haber llegado a presidir el gobierno de Francia constituía ya un doloroso presagio.

*

He resultado un pésimo profeta. En los últimos tiempos han resultado equivocadas todas mis predicciones políticas. Perdí una regular apuesta con la subida de don León Cortés en Costa Rica. Perdí otra ahora con la del doctor Calderón. Y he quedado a cero con la guerra europea. Todos la veían llegar, menos yo. Yo

aguardaba una vislumbre de buen juicio del lado de Francia y un algo de *dominio de sí misma* de parte de Alemania.

*

Esta es la tercera vez que sufro por Francia. De la guerra de 1870—hace 70 años—recibí muy tristes impresiones cuando llegaron a mi casa los pormenores del desastre, casi dos años después de ocurrido. Yo no sabía leer, pero lloraba oyendó a mi hermana Justina contarnos lo que decía *El Correo de Ultramar*.

La figura trágica de entonces era Bismarck, un ángel talvez comparado con Hitler.

*

Estuve un día de estos a ver la película *Ninoska* de Greta Garbo. Me pareció un perfecto esperpento, sin arte, sin idea, sin realidad. ¡Y el público... encantado! ¡Cuán desconsoladoras la película y la gente de la sala!

*

Ahora termino con palabras recientes de Pío Baroja:

«Soy un hombre sin apego a la política, pero que la soporta, como todo el mundo. ¡He sido educado en el siglo XIX! En él he vivido mi juventud, la parte más importante de mi existencia.

He permanecido con las ideas de mi tiempo y todo cuanto ha aparecido en estos últimos cuarenta años—literatura, filosofía, arte y música—, ¡no ha suscitado ningún entusiasmo en mí!

¿Es la indiferencia de la edad? ¿O que la producción del siglo xx no me ha parecido excelente?

Ni yo mismo puedo saberlo con exactitud.

En literatura, como en todo, conservo en la edad madura, como en el tiempo de mi juventud, mi entusiasmo y mi devoción por el siglo pasado.

En política, sólo comprendo el liberalismo y el individualismo. Y las dos concepciones reunidas me parecen haber producido una de las épocas más brillantes y admirables de la humanidad».

*

¿Cuál es la causa y cuál el efecto? Es a menudo muy difícil el averiguarlo, entre cosas ligadas entre sí por una evidente relación de causalidad.

Yo no creo que el liberalismo o individualismo sea la causa de una época brillante de la humanidad: el liberalismo es el efecto: él florece en las épocas de salud mental.

e. j. r.

Del papel de Alemania en el progreso de las ciencias

Este estudio forma parte del libro *Los Alemanes y la Ciencia*, escrito por 28 sabios eminentes, con prefacio de Paul Deschanel, de la Academia Francesa.

I

LA CIENCIA ES UNIVERSAL

Ciencia! Todos hemos pronunciado esta palabra, de un lado y otro del Rhin. ¡Pero qué diferente su acepción para los unos y los otros! Para nosotros, esta palabra designa una misma disciplina mental, una misma investigación de las leyes de la naturaleza, inspirada únicamente por la pasión de la verdad y teniendo su fin en sí propia. Para nosotros, «ciencia, cultura y civilización» forman el patrimonio común de la humanidad, patrimonio que escapa al conflicto de los intereses particulares y de las querellas nacionales, situado fuera de la zona de guerra.

Nuestros vecinos y enemigos no lo han entendido así.

Esos bienes universales, ellos se los han anexado. Al lado de estos nombres venerables, han escrito el de ellos, el adjetivo *alemán*, y han dicho «cultura alemana», «ciencia alemana», esto es, al servicio del Estado alemán. Sólo Alemania tiene su fin en sí. Al hablar de la ciencia y de la civilización, no se trataba, pues, del culto universal y desinteresado de la verdad, de la belleza, de la justicia, culto que acerca a los hombres todos en armoniosa unidad y contri-

buye a ennoblecer su vida y hacerla más feliz. La etiqueta «alemana» pegada al trabajo del artista y del sabio, desnaturaliza ese ideal y lo empequeñece en provecho y utilidad de Alemania, de su supremacía, de su dominación.

II

EL MANIFIESTO DE LOS 93

Una declaración célebre nos ha abierto los ojos: el llamamiento al mundo civilizado dirigido por los 93 intelectuales alemanes, casi al comienzo de la guerra (30 de octubre de 1914). Fue una sorpresa universal y una revelación: un rayo fulgurante que iluminaba la mentalidad alemana, y nos descubría una parcialidad que de otro modo habría podido engañarnos eternamente. Ese documento nos enseñaba, en resumen, que el calificativo «alemán» aplicado a una cosa cambiaba su sustancia; que había una «verdad alemana»—muy distinta de la VERDAD simplemente dicha—y fundada en la Revelación del Canciller del Imperio; que había una «civilización alemana», basada en el militarismo prusiano, y una «ciencia alemana» con un ideal diverso del de la CIENCIA sin epítetos.

Lo que hace el valor inestimable de este documento es la firma de los hombres más eminentes de Alemania en las ciencias y en las artes. Y es esto lo que nos prohíbe considerarlo como una manifestación de frenesí pangermanista, sin autoridad, a la altura de las que diariamente registra la prensa. Así revestido con el sello de una crema de pensadores, ese documento tendencioso nos revela, más que cualquier otro, el auténtico pensamiento alemán.

Hay, pues, en la mayor parte de los espíritus alemanes una restricción mental que falsea su juicio.

Alemania sigue una fórmula y obedece a un mandato, inclusive la Alemania sabia. Y en ello está el escándalo. Ya no podremos volver a tener confianza en sus pensadores. Su pensamiento no es enteramente libre, sincero, ingenuo, espontáneo; no es pensamiento ante todo de artista o de sabio que ama la Verdad o la Belleza o el Bien Moral por sí mismos y en sí mismos. Nó, su pensamiento mira ante todo el provecho, la utilidad, la supremacía de Alemania, su dominio en el mundo, y ante estas cosas es capaz de cualquier sacrificio, así sea el de la Verdad, el de la Belleza o el del Bien Moral mismo.

Sin duda, todos los sabios de Alemania no son pangermanistas furiosos. Existen espíritus más libres que escapan del acuartelamiento universal. Pero escapan ocultándose, callándose... Y por lo mismo, no cuentan.

III

El dominio de la ciencia no es una arena o palenque político donde se desgarren los partidos. Es una región serena de la cual son excluidas las pasiones extrañas a la investigación desinteresada de la verdad. Ciertamente, el hombre de ciencia es un *hombre* también, un hombre de corazón, que debe amar las causas bellas y justas, y, entre ellas, la causa de su patria. Pero él no confunde las cosas que deben permanecer distintas. Tal es el estado mental de nuestros sabios, y bien lo ha expresado Pasteur al decir: «La ciencia no tiene patria; pero el hombre de ciencia sí tiene una». Esta regla fundamental vale en todos los países, salvo en Alemania. «Es falso, ha dicho un historiador alemán, Giesebrecht (citado por Fustel de Coulanges a raíz de 1870), que la ciencia no tenga patria y que vuele por encima de las fronteras; la

ciencia no debe ser cosmopolita; debe ser nacional. debe ser *alemana*. Así, pues, la ciencia misma tiene allá una patria, una patria estrecha: y persigue un ideal místico y práctico: «la preeminencia alemana universal», «*Deutschland über alles*».

Es ya, a nuestro juicio, una especie de aberración esto de colocar el fin de la ciencia fuera de la ciencia y el fin del arte fuera del arte, como lo es en las ciencias naturales colocar la causa del fenómeno fuera del objeto.

Esta aberración es habitual en el espíritu alemán, esencialmente subjetivo. Pero se ha agravado desde la prusificación de Alemania, y particularmente durante el reinado del emperador actual, quien ha fomentado en todas las formas la locura de orgullo creada por los grandes triunfos militares de 1866 y de 1870 y por la prosperidad que les ha seguido. Tal desviación de la mentalidad alemana relativamente a la mentalidad de los otros pueblos, nos ha aparecido bruscamente, brutalmente iluminada, al leer el manifiesto de los Intelectuales. Aquella serie de afirmaciones audaces, sentadas *a priori*, sin sombra de documentación, por los más grandes sabios de Alemania, suministra una demostración ilustre de la aberración mental germánica. Ningún cuerpo sabio de otro país habría podido dar tal ejemplo de ausencia completa de sentido crítico y de espíritu científico.

IV

ESTRUCTURA DEL ESPÍRITU ALEMÁN

Tenemos demasiada tendencia a creer que existe una mentalidad común a todos los pueblos o, cuando menos, que existe un tipo medio europeo que obe-

dece a iguales disciplinas morales e intelectuales. No es cierto. Creerlo sería exponerse a las peores sorpresas. Bajo un barniz común se cobijan estructuras fundamentalmente diferentes. El alma alemana, el espíritu alemán, difieren de los nuestros en puntos esenciales.

En lo concerniente al espíritu científico, los recientes estudios de nuestro profundo filósofo Em. BOUTROUX, de Em. PICARD, el sabio matemático, y de P. DUHEM, miembros los tres del Instituto, no dejan incertidumbre sobre las principales características del mecanismo cerebral de los alemanes en comparación con el nuestro.—Nada más interesante, nada más instructivo que seguir a tales guías en el examen psíquico de los sabios alemanes, y tocar con el dedo el gran resorte que pone en juego las ideas en aquellos cerebros brutales y poderosos, y discernir las ruedas de su movimiento. Llega uno así a la fuente misma de todas las divergencias que nos separan de los alemanes y ve el origen de todas las perversiones sofisticas que de parte de ellos nos escandalizan y nos indignan.—Sentimos mucho no poder detenernos sobre este asunto. Limitémosnos a decir, con Picard y Duhem, que hay una diferencia entre la mentalidad media del hombre de ciencia en Alemania y la del hombre de ciencia de casi todos los otros pueblos, diferencia muy real y perfectamente precisada por los sutiles analistas citados.

V

Viciada en su origen, para la mayor parte de las cabezas alemanas, la investigación científica no ha tardado en corromperse, de camino, al contacto de los intereses materiales. Las instituciones científicas han

perdido progresivamente—sobre todo en los últimos veinticinco años—su carácter desinteresado. La afluencia de estudiantes extranjeros a las Universidades alemanas se ha convertido en fuente de ventajas: 1.º la de enfeudar políticamente jóvenes inteligencias en el momento más propicio para recibir la marca; después, las ventajas comerciales y financieras, tan provechosas para las ciudades universitarias y para los profesores mismos. Otra fuente de beneficios ha sido la exportación, a buen precio, de los profesores alemanes a las universidades extranjeras. Encontramos así alemanes puros, exhibiendo prudentemente su ideal místico en Suiza (aun en la Suiza no alemana, Fribourg, etc.), en Holanda y en los países escandinavos, en donde, además, el tipo de las universidades es alemán y los profesores no alemanes se han formado en Alemania y han conservado hacia sus maestros las relaciones del caso. Situación semejante en Estados Unidos, en Chile y en otros países de Sudamérica, en Asia, en Japón, en el mundo entero. Una parte de la juventud ilustrada de Rumania y aun de Italia ha ido a formarse a Alemania, tanto y más que a Francia. De este modo se ha hecho en el mundo la inmensa clientela de Alemania.

Por otra parte, todas las industrias que gravitan alrededor de las universidades han tomado un vuelo enorme: los instrumentos y utensilios de óptica y demás ramas de la física, y los de la química de laboratorio (tan vecina de la química de fábrica) constituyen en Alemania una rama considerable de la industria general. A la par, la industria sabia del libro y de los periódicos ha alcanzado un grado inaudito de prosperidad. Todo esto era lo que se tenía ante los ojos cuando Alemania aparecía a tantos pueblos como la metrópoli científica del universo entero.

El sueño germánico de dominación universal ha

estado, pues, a punto de ser realizado, y ello—debemos decirlo—por confesión y consentimiento generales. Porque en Inglaterra, y en la misma Francia, muchos espíritus honrados y justos estaban dispuestos a considerar la preeminencia de hecho de Alemania como la recompensa legítima de sus constantes e inteligentes esfuerzos, de sus reales cualidades de laboriosidad, de consciencia profesional, de disciplina regulada.

VI

AVIDEZ Y AMBICIÓN

Pero Alemania ha querido demasiado. No contenta con el papel de maestra, ha querido ser ama. Demasiado pronto y con demasiada dureza nos ha descubierto el secreto de sus ambiciones y el fin tras que corría a expensas nuestras: demasiado pronto nos ha mostrado las cadenas y el avasallamiento que nos preparaba. Mientras la creíamos animada únicamente, ante las otras naciones, de la emulación noble que existe entre rivales, ella nos hace convencernos de la falta de escrúpulos de su competencia comercial y de las pretensiones de servidumbre de su competencia política. Nos habíamos dormido en lo que creíamos el Templo de la Ciencia; nos hemos despertado en una bolsa de comercio o en un cuartel.

Recapitulando ahora los recuerdos de sus relaciones con los alemanes, los extranjeros encuentran una multitud de actos descorteses, excusados a la ligera, de los cuales habían sido víctimas resignadas: las mezquinas citas en sus ricas bibliografías; el desprecio sistemático de los grandes sabios franceses, en provecho de los alemanes, fuesen o no grandes o medianías; la impresión de connivencia y de común

acuerdo que producía su actitud en los congresos internacionales; y tantas otras quejas que nosotros tomábamos por simples faltas de gusto o de tacto o por simples descuidos. ¡Pero si no hay descuidos en Alemania! Allí no se comete nada de involuntario. Es un pueblo cuyos resortes están siempre tendidos, el uniforme siempre abotonado, el busto siempre erguido.

La *tensión* (*spannung*) es su cualidad dominante y el secreto de su fuerza.

Hemos abierto, pues, los ojos a la luz. Las pretensiones alemanas de hegemonía científica han obligado a nuestros sabios a examinar de cerca los títulos ajenos, a pesarlos y a juzgarlos. Es lo que han hecho Appell y Picard, en la Academia de ciencias; Caullery y Hennequy—para las ciencias naturales—en distintas sociedades sabias; y P. Duhem y P. Achalme, desde un punto de vista general.

¿Cuáles son los resultados?

VII

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO CIENTÍFICO Y LA INVENCION CIENTÍFICA

Las pretensiones de preeminencia científica de Alemania ¿son fundadas?

Distingamos. Hay ciencia. Y hay organización del trabajo científico. Hay progreso real de las ciencias, que es la obra esencial. Y hay organización presente y rendimiento actual del trabajo científico. No confundamos. Los alemanes tienen interés en hacer la confusión. Pongamos las cosas en su punto.

En el segundo terreno, el de la organización, los alemanes son maestros reconocidos. Han dotado

perfectamente la producción: han perfeccionado los utensilios y las instalaciones; han regulado en vista del mejor rendimiento el empleo de la mano de obra, que es, entre ellos, abundantísima.

Pero si se considera la Ciencia en sí misma; si se atiende a los progresos realizados en las ciencias matemáticas, en las físicas y en las naturales, en los últimos tres siglos; o bien si solamente se toma en cuenta las grandes invenciones de nuestro tiempo, la parte de Alemania resulta muy modesta. La Academia de Ciencias ha podido declarar que LA MAYOR PARTE DE LOS GRANDES CREADORES CUYO GENIO HONRA A LA HUMANIDAD Y CUYOS DESCUBRIMIENTOS HAN CONSTITUIDO EL PATRIMONIO CIENTÍFICO DE QUE NOS ENORGULLECEMOS, PERTENECEN A LAS CIVILIZACIONES LATINA Y ANGLO-SAJONA Y A LAS PEQUEÑAS NACIONALIDADES QUE LA AMBICIÓN ALEMANA QUIERE SUPRIMIR.

Veamos.

En lo que concierne a las *ciencias matemáticas*, hacia las cuales han mostrado siempre los alemanes una especie de predilección, debemos aceptar el juicio de los representantes de la Academia de Ciencias, que atribuye a los sabios alemanes una parte sin duda muy honorable, pero restringida, en el desarrollo de la mecánica celeste, de la astronomía y de las matemáticas puras. Muy rara vez han sido iniciadores o creadores. Hasta el Renacimiento, el germano bárbaro fue enteramente tributario de la civilización celto-latina. En la época del Renacimiento, la historia de la astronomía, de la álgebra, de la mecánica, sólo guarda un nombre alemán que pueda oponerse a la lista numerosa de los otros países: el nombre glorioso de KEPLER. En los siglos XVII y XVIII, la preeminencia pertenece a Francia y a Inglaterra. Por lo que toca a la invención del cálculo infinitesimal,

que se disputan LEIBNITZ y NEWTON, Emilio Picard acepta la opinión de LAGRANGE, que atribuye dicha invención a FERMAT, de Tolosa. Leibnitz, por lo demás, fue en muchas cosas discípulo de DESCARTES.

Dejando a Newton a un lado, la mecánica celeste es una ciencia casi únicamente francesa. El alemán GAUSS, célebre por otras razones, ocupa en ella un lugar inferior a los de Lagrange y LAPLACE.

En las matemáticas puras, hay que citar, en el siglo XVIII al suizo EULER y, en el XIX, al sueco ABEL. Entre los franceses: CAUCHY, GALOIS, FOURIER, HERMITTE.

En la astronomía de observación, que remonta hasta GALILEO, los grandes nombres son los de: el inglés BRADLEY, que descubrió la aberración de las estrellas y la nutación del eje terrestre; William HERSCHELL (de origen alemán, pero que pasó su larga vida en Inglaterra y es tenido universalmente por inglés), que descubrió la translación del sistema solar; el danés ROEMER, que vivió largo tiempo en Francia y descubrió y midió la velocidad de la luz; el inglés HUGGINS, que midió la velocidad de las estrellas relativamente a la Tierra; y, en fin, el alemán BESSEL, que midió por vez primera la distancia de una estrella a la Tierra.

*
**

En el campo de las *ciencias físicas y naturales*, el veredicto es análogo.

Sin duda, son muy grandes los progresos debidos a los alemanes en el desarrollo de estas ciencias, durante el siglo XIX; pero *rarísima vez han hecho el papel de iniciadores o de creadores*.

En la física propiamente dicha, el capítulo de la electricidad es el más reciente, cuenta poco más de un siglo; lo abren dos italianos, GALVANI y VOLTA

(el inventor de la pila); un francés, AMPÈRE, que descubre la acción de las corrientes sobre las corrientes; y un inglés, FARADAY, que hace conocer la inducción eléctrica. Y es también un inglés, MAXWELL, el que ha ligado el uno al otro, hace poco, el mundo de la electricidad y el mundo de la luz (haciendo posibles los más notables inventos de los últimos días: telegrafía sin hilos, etc.). El estudio de las radiaciones nuevas es obra de los franceses BECQUEREL y CURIE y de los físicos ingleses. Sólo un capítulo ha sido abierto en Alemania: el de los rayos X, de ROENTGEN.

Pero los sabios alemanes no saben hacer justicia a los grandes inventores, creadores y fundadores de las ciencias. Mientras que para el resto de los hombres la primera invención, la creación de una rama nueva de la ciencia, la colocación de sus cimientos, tienen una importancia y un mérito incomparables frente al desarrollo que dicha ciencia adquirirá más tarde—como la importancia que tiene el germen frente al sér que de él ha de salir—, para los alemanes la cosa es al revés. En sus historias de la evolución de las ciencias, los iniciadores van en última fila. *Incapaces por lo general de geniales intuiciones, se muestran a la par incapaces de apreciarlas.* Y esto constituye para el resto de la humanidad pensante un escándalo verdadero y una aberración de mentalidad.

Aquí van ejemplos:

LAVOISIER, de inmortal memoria, espíritu luminoso a quien honramos por haber establecido las bases de la Química moderna—y uno de los fundadores, por añadidura, de la Fisiología, con su doctrina de la combustión respiratoria—¿cómo es tratado en el libro de OSTWALD sobre la evolución de la Química? «Se ha generalmente exagerado—dice este sabio—la importancia de los progresos debidos a

Lavoisier».—En la obra clásica de NERNST, *Tratado de Química general*, el nombre de Lavoisier es citado una única vez, y entre paréntesis, a propósito de la ley de permanencia de la masa en los cambios físicos y en las transformaciones químicas de una sustancia, mientras que, en la misma obra, Achalme ha contado 13 veces el nombre de Kohlrausch, 17 veces el de Tammann, 18 veces el de CLAUSIUS, 28 el de Ostwald y 41 veces el de Nernst mismo (!). En el libro de Ostwald sobre la *Evolución de una Ciencia*, Lavoisier es acusado de haber querido robar al inglés PRIESTLEY el descubrimiento del oxígeno, y se menosprecia la teoría de la combustión—verdadero título de gloria de Lavoisier—haciendo notar que esta teoría es simplemente el reverso de la teoría del flogístico de STAHL, en la que iba ya la idea de un fenómeno reversible (!). ¡Simplemente lo contrario, esto es, nada o poca cosa! ¿No es esta manera de razonar una curiosa aplicación de la metafísica de HEGEL, que ha descarriado tantos cerebros con su *principio de la identidad de los contrarios*: «En todo orden de cosas, las contradicciones son idénticas, porque la *tesis* y la *antítesis* suman *uno* en la *síntesis* que es la verdad».

Tomemos otro ejemplo. El de PASTEUR, el gran iniciador de la Microbiología. Abramos un tratado alemán de Bacteriología, el de FLUGGE (1877) o el repertorio de KUSTER. El nombre de Pasteur ocupa un lugar insignificante o nulo: poco importa el creador.

Todos los honores van, en cambio, para Roberto KOCH, sabio de gran mérito, pero de segunda fila, que ha perfeccionado (15 años después de Pasteur) el método de los aislamientos de microbios, sustituyendo el cultivo en caldos por el cultivo en placas y aplicando a las preparaciones los métodos de coloración y descoloración usados por los histologistas,

maniobras o perfeccionamientos que han sido excepcionalmente fecundos.

¡Hé ahí cómo aprenden la historia de las ciencias las multitudes de estudiantes de todas partes que se han confiado y sometido a la cultura alemana!

Como otra prueba de la injusticia de los alemanes hacia los iniciadores, o de la incapacidad para comprenderlos, o del despecho con que pagan la correspondiente deuda, podría citarse el modo seguido para hacer la anexión de la rama de ciencia general llamada Energética. E. Picard y Achalme han dicho lo necesario a este respecto. La ciencia alemana nos habla bien de ROBERTO MAYER, el médico de Heilbronn que ha formulado en 1842 el principio de la conservación de la energía, y de CLAUSIUS, que ha generalizado y formulado matemáticamente el principio de la degradación de la energía, pero dicha ciencia desconoce aquí también a los verdaderos iniciadores, que deben pasar antes que Clausius: los franceses Sadi CARNOT (1824) y CLAPEYRON (1834) y el inglés WILLIAM THOMPSON (Lord Kelvin). El proceso histórico de la Energética tiene que ser revisado: sobre este punto son sospechosos los clásicos alemanes Nernst y Mach.

La misma historia se repite en todos los dominios de la ciencia. En el último medio siglo los alemanes han desarrollado la química orgánica más que todos los otros pueblos del globo juntos; ¿pero quiénes la han fundado? Cuatro franceses (J. B. DUMAS, LAURENT, GERHARDT, y, más tarde, WÜRTZ), un inglés (WILLIAMSON) y sólo un alemán (HOFFMANN). Ahora bien, Laurent, Gerhardt y Würtz no son citados en la *Química General* de Nernst. J. B. Dumas es citado una sola vez.

La historia de la Mecánica Química no es menos curiosa. Es esta la ciencia alemana por excelencia, la

que reclaman como propiedad indiscutible los sabios del otro lado del Rhin. Es, esencialmente, el estudio de las influencias que sobre las transformaciones químicas ejercen los agentes físicos y los cambios de estado físico, presión, temperatura, disolución (de las sales y de los gases), vaporización. No hay alemanes en el origen de esta ciencia. El iniciador principal es H. SAINTE-CLAIRE DEVILLE con sus trabajos sobre la disociación química y los de sus discípulos DEBRAY, TROOST, HAUTEFEUILLE, GERNEZ. Los franceses J. MOUTIER y PESLIN aplicaron luego a la disociación química los teoremas de la termodinámica, abriendo así la vía en que fueron pronto seguidos por el americano J. Villard GIBBS y el alemán HORSTMANN. Lo que no pertenece a los franceses (entre los cuales debe recordarse bien a RAOULT y H. LE CHATELIER) toca a los holandeses VAN DER WAALS, BAKHUIS ROOSEBOOM y, sobre todo, VAN'T HOOFF, quienes, con el sueco ARRHENIUS, han sido los verdaderos maestros en la fase contemporánea del desarrollo de la mecánica química. Sin duda, un buen lugar en la lista de los sabios dedicados a estos estudios corresponde a los alemanes TAMMANN, BREDIG y SIGMUNDY; pero lo que ha permitido a Alemania sacar para ella el provecho y el honor de esta obra múltiple—en la cual los más bellos trabajos no son alemanes—ha sido el hecho de no haber sido publicados estos trabajos, durante mucho tiempo, sino en el *Zeitschrift für physikalische Chemie*, fundado por Ostwald y Van't Hooft en Leipzig, en 1885. Y aquí palpamos en lo vivo una de las consecuencias del desarrollo que Alemania ha sabido dar a la industria del libro y de los periódicos.

Sigamos, el cuadro será siempre el mismo: de un lado los iniciadores, rara vez alemanes; del otro lado la bandada de trabajadores que se precipita por la

brecha abierta e invade todo el camino. Cuanto a los iniciadores, si son extranjeros que no se rinden a los pies de Alemania, sus nombres no serán mentados o lo serán desdeñosamente.

La fisiología experimental cuenta en Alemania con multitud de laboratorios y con un número de publicaciones que es cerca de diez veces mayor que el de Francia. Es un desarrollo que impresiona. Pero ni antes ni hoy, tal producción ha pasado de una honrosa medianía. En el siglo XVII los grandes descubrimientos han salido de las escuelas italianas. No se encuentra ni un nombre alemán en el descubrimiento de la circulación de la sangre, que ha ejercido tan libertadora influencia sobre el espíritu humano, desde entonces emancipado de la servidumbre del libro y del comentario de los antiguos, ARISTÓTELES y GALENO, y decidido desde entonces a no acordar confianza sino a la observación y a la experiencia. La circulación pulmonar ha sido descubierta por REALDO COLOMBO, de quien se inspiró MIGUEL SERVET. La grande circulación ha sido descubierta por el inglés WILLIAM HARVEY, apoyado en los trabajos de CESALPIN y FABRICIO DE ACQUAPENDENTE. La circulación linfática ha sido descubierta por el italiano ASELLI, el sueco OLAUS RUDBECK y el francés JUAN PECQUET.

El siglo XIX ha sido otra gran época de la fisiología. Nadie desconoce el descubrimiento de MAGENDIE, de la separación de la sensibilidad y del movimiento en las raíces medulares; todos tenemos presente esa serie soberbia de trabajos que el nombre de CLAUDIO BERNARD compendia. En tiempos más recientes, los autores más notables son: BAYLISS y STARLING en Inglaterra, PAULOFF en Rusia, RICHTER en Francia. Frente a tan rica cosecha, Alemania sólo puede oponer los trabajos estimables, cuyo mérito no reba-

jamos, de JUAN MULLER, de BOIS REYMOND⁽¹⁾ LUDWIG y HEIDENHAIN, a los cuales, por otra parte, se podría contraponer la labor de sus contemporáneos franceses MAREY y CHAUVEAU.

Si pasamos al grupo de las ciencias anatómicas, encontramos otra vez fuera de Alemania a los verdaderos creadores: el sueco LINNEO (1737), autor del método de clasificación artificial de las especies; los franceses BERNARDO y ANTONIO DE JUSSIEU, fundadores del método natural; el francés CUVIER, en anatomía comparada y paleontología; los franceses G. SAINT HILAIRE y LAMARCK y el inglés DARWIN, en filosofía natural.

En histología los iniciadores son: BICHAT, en Francia, y los fundadores de la teoría celular (SCHWANN, SCHLEIDEN, etc.), en Alemania. Después vienen, en embriogenia y citología, al lado del nombre de von BAER, los de KOLLIKER (suizo), RANVIER (francés), von BENEDEN (belga), KOWALEWSKI (ruso), BALFOUR (inglés).

*
**

Terminada la obra de creación, los alemanes explotan en el desarrollo de las ciencias establecidas las ventajas que provienen de su número, de su organización y de su obstinación laboriosa.

La zoología, v. gr., ha atravesado después de 1870 una primera fase histológica, *la edad del microtomo*, es decir del examen extremadamente minucioso e infinitamente míope de los tejidos animales, sin mirada de conjunto y sin resultados muy importantes. Producción científica que se avalora por el número de investigadores y el peso de los impresos. En ella,

(1) Este sabio, según hemos leído, ha renegado públicamente de la sangre francesa que pudiera correr por sus venas.—e. j. r.

la balanza tenía que irse del lado de Alemania. La parte de Francia ha sido raquílica: ha marchado servilmente tras los métodos alemanes.

Un segundo período ha comenzado luégo, el de la experiencia, el de la *zoología experimental y embriología experimental*.

Un alemán, muy lleno de méritos, W. ROUX, ha sido considerado como su fundador. Permítasenos decir que este juicio debe ser revisado. Un francés, muerto joven, CHABRY, publicó en 1887 un trabajo sobre la embriología normal y teratológica de las ascidias, que puede servir de modelo a todos los estudios de embriología experimental. Tal es la apreciación del zoólogo americano E. CONKLIN, aceptada por Caullery. Se debe citar también, en relación con esta rama de la ciencia, el trabajo de LOËB, americano de origen alemán, sobre la partenogénesis experimental, y el del zoólogo francés I. DELAGE.

VIII

Salgamos ahora del dominio de la ciencia pura y penetremos en el de las ciencias aplicadas. El genio alemán va a aparecernos como antes: incapaz de crear o de apreciar la creación; pero admirablemente listo para utilizarla. «Apenas se descubre algo interesante, aquí o allá—dice Caullery—un hormiguero de alemanes se echa encima, lo examina, se lo coge y le da figura germánica».

En la fabricación de armas de fuego, usadas por el ejército alemán, el creador verdadero, según Achalmé, es el francés TREUILLE DE BEAULIEU cuyos principios se aplican.

El rayado de los cañones pertenece al inglés

ROBINS, inventor del péndulo balístico. De Francia pasó a Alemania.

La invención de los proyectiles es obra del inglés SHRAPNELL.

Los explosivos de guerra han sido creados por los franceses VIEILLE (pólvora sin humo) y TURPIN (melinita).

El torpedo se debe a los americanos.

Los primeros submarinos se deben a los franceses ZÉDÉ y LAUBEUF.

Los rieles, las máquinas a vapor, las locomotoras, la hélice, son inventos de ingleses y franceses: WATT, CHAPMANN, STEPHENSON, Marc. SEGUIN, SAUVAGE.

El motor a explosión y su aplicación a los automóviles son franceses.

El velocípedo es francés: Emilio MICHAUX. La bicicleta es inglesa.

La aeronáutica es de origen francés: MONTGOLFIER, GIFFARD, DUPUY DE LOME, RENARD y KREBS. Los aeroplanos son americanos (*Wright*) y franceses.

El telégrafo sin hilos es debido al alemán HERTZ (discípulo del inglés MAXWELL), al inglés LODGE, al francés BRANLY, al ruso POPOFF y al italiano MARCONI.

Casi en todos los terrenos, lo que corresponde a los alemanes es la abundancia y la superioridad en las aplicaciones.

*
**

En resumen, Alemania ha representado un papel modesto en los grandes progresos que las ciencias han hecho en los últimos tres siglos. A este respecto, no puede jactarse de ninguna primacía sobre las grandes y pequeñas naciones europeas. Al contrario, el espíritu de invención le ha sido medido a ella más

parcamente que a las otras. Así lo demuestra la historia del pasado y aun la del momento contemporáneo.

Tal es la rigurosa verdad contra la cual nada puede prevalecer, ni la ilusión de un pueblo ebrio de orgullo y enfermo de narcisomanía, ni el snobismo de una opinión sin crítica que se ha impuesto a los pueblos de lengua germánica.

A. DASTRE

Miembro del Instituto de Francia y de la Academia de Medicina; Presidente de la Sociedad de Biología.

Traducción de Elías Jiménez Rojas.

Julio de 1916.

Un Maestro del Renacimiento

Concordia en la discordia

(De *El Tiempo*. Bogotá, 5 de Mayo de 1940)

Mañana, lunes, día 6 de mayo, se cumple el cuarto centenario de la muerte del más grande entre los pensadores españoles del Renacimiento.

La España del siglo XVI, como la de todos los siglos, produjo más héroes y artistas que hombres consagrados al puro ejercicio de la razón. La ciencia en España no ha solido brillar a la misma altura que el carácter moral o el sentido de la belleza. Tierra de guerreros y de santos, o de poetas y pintores, era, gracias a ellos, hace cuatrocientos años, la primera nación en ambos mundos. Pero, acaso, en la esfera del

pensamiento, no lograba igualar a Francia e Inglaterra, vencidas por las armas españolas.

Sin embargo un varón preclaro la redimía, en aquella época, de esa relativa inferioridad. Era Juan Luis Vives, muerto hace ahora cuatro siglos.

Vives poseía todo el saber de su tiempo. No lo superaron los más altos filósofos, ni en Francia, ni en Italia. Con Budé y Valla formaba el famoso triunvirato de la República de las Letras. Con Erasmo⁽¹⁾ y con Tomás Moro⁽²⁾ ejercía, en los comienzos del siglo XVI, el magisterio intelectual de Europa.

Hace ahora justamente cuatro siglos. Era en los días de mayo de 1540.

Un hombre de rostro afilado por el pensar y por el sufrir, quebrado el color, entrecano el cabello, ancha la frente, aguileña la nariz, finos los labios, se asomaba a una ventana de su alcoba en la ciudad de Brujas.

Caía la tarde. El enfermo permanecía envuelto en su hopalanda, conservaba puesto su casquete, a pesar de que el aire tibio, denso, húmedo, de la primavera flamenca acariciaba blandamente sus sienes. Bajo la ventana, las aguas de un canal pasaban, huían, con un rumor monótono, siempre distintas, siempre iguales, como la vida. Los

(1) Holandés. El más grande de los humanistas.—e. j. r.

(2) Inglés. Autor de *Utopía*.—e. j. r.

mercaderes cerraban sus tiendas; salían las muchachas de paseo y cruzaban en grupos, delante de la casa, el puente de piedra. Por encima de los tejados, las cercanas praderas mostraban su verdor novel, dorado por el sol poniente. El sonido de las esquilas de los rebaños se confundía con el de las campanas del convento vecino.

El maestro Luis Vives, con ojos graves, serenos, se despedía de la ciudad y del mundo. En aquella hora la fiebre había bajado y los dolores de la gota le dejaban tranquilo. Una melancólica dulzura de atardecer le envolvía.

Aquella plácida ciudad, Brujas, era ya como otra patria para él. «Nec aliter hanc nomino quam patriam» . . . Se acordaba de que fue allí donde mucho tiempo atrás, siendo él un mozo, conoció en el hogar de sus paisanos los Valldaura a una niña de ocho años, Margarita, criatura encantadora que fue su primera discípula. La niñita aquella era ahora la esposa solícita que andaba por la habitación preparándole el lecho para el nocturno reposo. Quizás sería ya el reposo definitivo. Y dejándose llevar de los recuerdos, hallaba Vives que Brujas tenía cierta amable semejanza con su natal Valencia, la Valencia de las naranjas de oro y el mar azul, que desde la adolescencia no había visto y que ¡ay! ya nunca volvería a ver... Los ojos se le llenaban de lágrimas.

Pero el filósofo debía dejar la vida sin una

queja, sin un lamento, sin un reproche. Su lema había sido «Sine querela». Sin querella, en efecto, se propuso vivir y morir, ya que en la tierra las perpetuas querellas entre los hombres y entre los pueblos envenenaban la existencia. «Sine querela», con el alma en paz, ya que el mundo estaba destrozado por los horrores de la guerra.

Fue Luis Vives lo que hoy llamaríamos un pacifista. Tocóle vivir en una Europa ensangrentada, como hoy, por las luchas civiles y por las contiendas internacionales.

En la esfera de las ideas buscaba Vives la armonía. Su tiempo, en cambio, fue un tiempo de violentas pugnas ideológicas. En la esfera de la realidad predicaba el maestro una paz humana. Y la realidad le contestaba con guerras cruentas entre los príncipes cristianos; los reinos desolados, la Roma papal saqueada, la culta Europa convertida en un inmenso campo de batalla...

Dos siglos, dos mundos combatían el uno contra el otro. Y en vano se esforzaba por unirlos en una síntesis suprema la mente serena, el ánimo conciliador de Juan Luis Vives, español y cosmopolita; medieval y moderno; hijo de la Escolástica y padre del Renacimiento; formado en la erudición clásica y orientado hacia la observación y la nueva ciencia; amigo de los reyes y abogado de los pueblos.

Cuando, joven todavía, en la corte de Enrique VIII de Inglaterra, confidente espiritual de la

reina española, fue preceptor de la princesa María, quiso dar a su alumna, con el libro «Satellitium animi», una escolta de buenas máximas y elevadas sentencias, para que la regia niña anduviera después por el mundo más segura y mejor acompañada de lo que solían ir los soberanos, custodiados por sus escoltas de hombres de armas, con picas y alabardas amenazadoras, con escudos y emblemas, decía Vives, de leones y de águilas, de brutos feroces y de aves rapaces, como si quisieran amedrentar a sus súbditos y ser más temidos que amados.

Dos cartas dedicó al propio rey Enrique VIII, dos cartas contra la guerra, mientras la rivalidad entre Carlos V y Francisco I asolaba el continente europeo. Al romano pontífice dirigió otra epístola. «De Europae statu ac tumultibus»..., abogando ante el Padre de los fieles por la avenencia y la paz.

«Paz! paz! paz!...», como en el verso dantesco, clamaba Luis Vives. Su grito pacificador culminó en aquel magnífico escrito: «De la concordia y la discordia en el género humano», que completado luégo con el breve tratado «De la pacificación», ofrendó al César Carlos V.

¡Cómo describía Vives los terribles estragos de la guerra en esa disertación «De concordia et discordia»!... Los campos despoblados, arruinadas las ciudades, hambrientos los países, abandonados los estudios, corrompidas las costumbres...

¡Y aquel nuevo invento de las bombardas que llevaba la muerte a distancia!... Luis Vives condenaba los progresos en la técnica guerrera: «¿A qué enemigo de la humanidad se debe tan perniciosa, abominable, siniestra invención?».

La guerra, según Vives, empobrece a los pueblos y endurece las almas; acrecienta la criminalidad; engendra el militarismo porque nada entonces importa tanto como los medios de defensa y de ataque.

La concordia, añade el maestro, es digna de los hombres; la discordia es propia de las fieras. Nacen a veces las guerras por el afán de ensanchar los territorios y el ansia de crear grandes imperios. Mas los grandes imperios suelen provocar toda clase de vicios y excesos; suscitan adversarios interiores y enemigos exteriores, y acaban hundiéndose trágicamente.

Anhelaba Luis Vives, por el contrario, una paz firme y duradera, y proponía para establecerla un concilio general, en el que el lector de hoy adivina como un anticipo de Sociedad de Naciones.

«Paz firme y duradera entre los príncipes»... «Concordia entre las ideas y opiniones»... Más útil todavía y más difícil la segunda que la primera, porque mientras los asuntos de los príncipes se deciden por la violencia, no se alcanza del propio modo el acuerdo de los espíritus, pues al poder material que cohibe a los cuerpos no le es dado

dominar a las almas,—«quo humanae vires non penetrant»—a las que no llegan las fuerzas humanas . . .

Concordia en medio de la discordia, predicó Vives. El mundo no le oyó. Vivió en un tiempo de discordia, discordia sañuda en las ideas, discordia sangrienta en los campos de batalla.

El apóstol de la pacificación humana hubo de inclinar su noble frente, hace ahora cuatrocientos años, allá, en su retiro de Brujas, con estoicismo de filósofo, con resignación de cristiano. «Sine querela». Esperando en el reino de la eterna paz . . .

Cuatro siglos han pasado. Mañana, día 6, se cumple el cuarto centenario. El ideal de Luis Vives no prevaleció en su tiempo. Tampoco triunfa en el nuestro. Cuatrocientos años han corrido en vano.

Significativo es ya que la conmemoración de este centenario del más grande de los filósofos españoles, pedagogo insigne, precursor de la moderna psicología, esté pasando casi inadvertido. La tea de la discordia sigue incendiando la tierra. En la Valencia de sus amores, en la España de sus nostalgias, no se ha secado aún la sangre, ni se ha establecido la concordia. En su Flandes querida el pueblo vela las armas como en las vísperas angustiosas de una guerra. En guerra está aquella ciudad de Londres donde Luis Vives en el jardín de Moro, junto al Támesis, oía cantar los

pájaros. Las bombardas por él maldecidas llueven desde las nubes sobre el suelo de la pobre Europa.

Pero las palabras del maestro, esperando su hora—¿otro centenario todavía...?—suenan a media voz en lo íntimo de las almas anhelantes: «Paz justa y duradera entre los príncipes: concordia, concordia entre los hombres y los pueblos».

LUIS DE ZULUETA

14 de julio de 1936

Este no es un artículo de fondo. Yo no podría escribirlo. Son palabras mías que quiero que aparezcan en un rincón de periódico, hoy 14 de julio. Me las dicta un amor que es sólo mío. Nada agregarán ni quitarán al homenaje que hoy hagan a Francia los pensadores de todo el mundo. Una minúscula hoja verde en un hermoso ramo, ni se suma ni se resta.

He de advertir, además, que escojo este día porque los franceses lo han escogido para su fiesta nacional. No por otra razón. No soy más que el último de los soldados de la gran Patria, pero tengo el espíritu de un soldado: no soy revolucionario y preferiría que para la fiesta de los franceses se hubiera elegido una de las tantas fechas gloriosas de su historia. Como soldado, amo por encima de todo el orden y la paz. Las armas están en las manos de los soldados para defender el orden y la paz. Las guerras

y las revoluciones no las hacen los soldados de pensamiento y corazón.

Mis primeros pasos en la vida los dí a la sombra de un viejo tío que con una emoción indecible me enseñó a conocer el lugar de Francia en el mapa y su lugar en la historia. Al hablarme de cualquiera de las cosas que llaman la atención de un niño: la fotografía, el cine, el vapor, los aeroplanos, la electricidad, siempre me explicaba la parte que había tenido Francia en el invento. Los primeros cuadros que ví, los primeros mármoles, la primera música que escuché, todo era de Francia, aquí tan lejos de Francia. Los nombres de sus sabios, de sus artistas, de sus generales y de sus hombres de Estado en el momento de la «gran guerra», me eran familiares, a una edad en que por lo regular no conoce un niño ni siquiera los nombres de sus vecinos. Oí hablar tanto de Francia y con tanto cariño, que el recuerdo de sus bellezas y de sus glorias quedó ligado al recuerdo de mi infancia. Así llegué a los 21 años, y pudiendo escoger nacionalidad, escogí la francesa y fuí a prestar el debido servicio militar.

¡Salve, patria de origen y de adopción!

GUILLERMO PINAUD JIMÉNEZ

Muerto trágicamente en Carolina Norte,
un año después de escrito este artículo.

Anecdotario

POR JULIO VIVES GUERRA

El Batallón Pío Nono.—El doctor Jesús María Trespalcios fue un notable criminalista antioqueño y un poeta muy sentido.

Los versos de Trespalcios los cantan y los recitan en la Montaña, y son popularísimos porque, sin complicaciones literarias y sin crucigramas poéticos, hablan al alma de las gentes sencillas y las conmueven hondamente.

Fue el doctor Trespalcios muy buen repentista, y, lo que es extraño, casi todas sus improvisaciones eran sentimentales.

Se recuerda en Antioquia una dolorida estrofa que improvisó hallándose gravemente enfermo.

Como Trespalcios era un católico convencido y fervoroso, apenas se sintió grave hizo llamar a un sacerdote, para que lo confesara.

Inmediatamente acudió un padre Salazar, que era muy amigo del enfermo. Acercóse el buen levita al lecho y le dijo a su penitente:

—Doctor Trespalcios, vine a confesarlo porque usted me llama, pero no veo que se halle ni remotamente en peligro.

A lo cual respondió el poeta sin vacilación alguna:

«Talvez pronto me pida la tierra
la tosca envoltura que llevo prestada,
el raquíptico molde en que luchan
las fieras pasiones en ruda batalla».

Pero a pesar del profundo sentimentalismo de

Trespalacios, su carácter era regocijado, y su arsenal de chascarrillos inagotable.

El conservatismo de Trespalacios y su catolicismo sincero no eran óbice para burlarse de lo que él llamaba «las bobadas de nosotros los godos», singularmente en lo que atañe a la excesiva devoción.

Una tarde, sentados en una banca del parque de Bolívar, en Medellín, nos decía el poeta, para tomarles el pelo a sus copartidarios:

—Somos tan majaderos los godos, que creemos que con una reliquia nos escapamos de la muerte.

—¿Por qué dices eso?—le pregunté, deseoso de aguijarlo, porque veía venir un cuento bueno.

—Por mil motivos—me contestó—. Mira, cuando la guerra de 1876, organizó mi abuelo en Sopetrán, mi tierra, una pequeña fuerza con el nombre de «Batallón Pío Nono». La víspera de marchar a la guerra llevó mi abuelo su batallón a la plaza, para que el cura lo bendijera...

—Eso no tiene nada de malo ni de ridículo—le interrumpió Tomás Quevedo Alvarez.

—No, hasta ahí no hay nada; pero déjenme seguir. La bobada consiste en que a los soldados les pusieron unas grandes bandas azules, con unas enormes letras blancas, que decían: «Pío Nono». La palabra «Pío» les quedaba en el pecho, y la palabra «Nono» en la espalda.

—Tampoco veo lo ridículo del caso—repuso el poeta Federico Carlos Henao.

—No me interrumpan. El cura bendijo las bandas y echó un sermón que terminó así: «Estas palabras dulces, este santo nombre de Pío Nono será como un talismán, porque os librerá de las balas de los enemigos de Dios y de la Religión».

—Me parece bien, porque eso entra en el programa—dijo Quevedo Alvarez.

—Sí, muy bien—siguió Trespalacios—; pero ya les conté que en las bandas azules de los soldados la palabra «Pío» quedaba en el pecho, y la palabra «Nono» en la espalda.

—¿Y qué hay con eso?—le pregunté.

—Que en la primera batalla y a pesar de los pronósticos del cura, las balas de los rojos les entraban por el «Pío» y les salían por el «Nono».

El desengaño del Libertador.—El doctor Alejandro Próspero Révérend fue el último médico del Libertador Simón Bolívar. Nació en Falaise (Francia), en noviembre de 1796, y vino a establecerse en Santa Marta en julio de 1824, a la edad de veintiocho años.

Cuando el Libertador llegó a Santa Marta, el doctor Révérend se constituyó en su médico permanente, y desde ese mismo instante al joven profesional y al grande hombre los unió mutua simpatía, hasta el punto de que Bolívar, con esperanza siempre de curar, entabló con aquél, cierto día, un cordial diálogo, en el cual se ve la intención que tenía de llevar a su médico a Europa como compañero de viaje.

Recibió el doctor Révérend unos periódicos y ávidamente empezó a leerlos. Bolívar, al verlo tan engolfado en la lectura, le preguntó:

—¿Qué lee usted con tanto interés, doctor?

—Noticias de Francia, mi general.

—¿Será sobre la revolución de julio?

—Sí, mi general.

—¿Le gustaría a usted volver a Francia, doctor?

—Lo deseo con toda mi alma.

—Pues póngame usted bueno e iremos juntos.

—Eso me hace anhelar el viaje mucho más, mi general.

Tángo se encariñó Bolívar con su médico, que

quiso tenerlo como compañero de viaje; pero ya el nombre del héroe de América «estaba borrado en el libro del Destino», como escribían en esos tiempos del romanticismo.

El Libertador y el doctor Révérend vivían en constantes pláticas, tanto como a aquél se lo permitía la grave enfermedad que le carcomía el organismo, ese organismo que resistió a todas las fatigas y penalidades de las guerras y las campañas; ese organismo que en mil combates respetaron las balas peninsulares; ese organismo que sólo empezó a decaer cuando la conjuración del 25 de setiembre obligó al prócer a arrojarse por una ventana y a permanecer horas en un albañal, bajo un inmundo puente, mientras las rachas heladas del Monserrat soplaban inclementes y las frías neblinas trepaban por los riscos como una teoría de fantasmas.

Un día hallábanse el Libertador y Révérend sentados bajo el histórico tamarindo, árbol tan célebre en América como el sauce de Musset:

«Caros amigos: cuando sucumba,
plantad un sauce junto a mi tumba:
triste es su aspecto, su cabellera
dará a mis huesos sombra ligera!»

El sol de medio día reverberaba en las aguas de un surtidor y hacía jaderar los lagartos que abrían las fauces en los mogotes retostados. Una brisa tibia remecía el follaje de los tamarindos y de las palmeras y agitaba los ya ralos cabellos del Libertador que, sumido en un ensueño, miraba la vaga lejanía.

De pronto Bolívar, dirigiéndose a Révérend, le dijo, como si continuara una interrumpida conversación:

—Doctor: ¿usted qué vino a buscar a estas tierras?

—La libertad!—le contestó el médico lacónicamente.

—¿Y la encontró?

—Sí, mi general.

Bolívar lo miró, sonrió tristemente y agregó a guisa de epifonema:

—¡La Libertad!... Es usted más afortunado que yo, porque no la he encontrado!

Melenas diferentes.—Carlos Villafañe, el popularísimo «Tic-Tac», es uno de los intelectuales de más chispa y de más agudo ingenio que hay en Colombia, y además un poeta armonioso y de sentimiento hondo, que en sus bellos poemas *Emociones Rurales* muestra lo vigoroso y brillante de su inspiración.

Parece mentira que quien, como él, le saca filo y punta a cualquier frase que oye y a cualquier escena que presencia, sea capaz de escribir estrofas de tan pungente tristeza que hacen vibrar las más recónditas fibras espirituales.

Cito de memoria, y por eso ignoro si acertadamente:

«María de las Mercedes
duerme en la tierra. Era
su adolescencia un bello
jardín que florecía
en el viejo puebluco;
su alma se diría
el aliento de una
brisa de primavera:
de una de aquellas blandas
brisas que desfallecen
al llegar a una rama
o al tocar una rosa...
¡Pobrecita María!
Sobre su sueño crecen
lirios de traje blanco
y de ánima piadosa!»

Tertulias, saledizos, marquesinas, atrios y mentideros tienen como plato principal los donaires de Villafañe, sus retruécanos, sus epigramas, sus decires y sus oportunas salidas.

Cuando estaba de presidente de la república el insigne literato don Marco Fidel Suárez, era edecán de palacio don Tomás Márquez, otro escritor y poeta cuya erudición asume proporciones de sabiduría.

Tomás Márquez es un hombre muy corpulento y usa—al menos usaba en aquellos tiempos—una melena casi merovingia como la del doctor José Vicente Concha.

Una vez estaba Villafañe departiendo, en uno de los pasillos del palacio presidencial, con el señor Suárez, regocijadamente, pues el ilustre autor de los *Sueños de Luciano Pulgar* quería y estimaba muchísimo al poeta, y vieron que Márquez pasaba por una de las galerías.

El señor Suárez, al ver a su melenudo edecán, le dijo sonriendo a *Tic-Tac*:

—Mire, Villafañe, cómo se parece Tomás al doctor José Vicente Concha, por detrás.

—Sí, se parece mucho—contestó Villafañe—; pero se diferencian en el pelo.

—¿En el pelo?—preguntó el señor Suárez, sorprendido—; pero si es en el pelo en lo que más se parecen.

—No, don Marco—replicó el poeta—. En el pelo es en lo que más se diferencian, porque Márquez es peli-crespo y Concha es peli-groso.

El padre Manrique y los frailes.—Era cura de Manta el padre José Angel Manrique, cuando fue aprehendido por don Pablo Morillo, en 1816, pues aquel ingenioso y patriota levita figuraba entre los «peores insurgentes».

Logró la libertad el padre Manrique merced a los buenos oficios de su amigo el fraile español Antonio González; pero, aunque el gato escaldado huye del agua fría, el belicoso sacerdote volvió a las andadas, quizá porque los españoles no eran agua fría y porque él no era gato, y en el año de 1818 fue nuevamente cogido cuando se hallaba incorporado en las guerrillas del Norte, en las cuales peleaba valientemente como militar patriota y absolvía fervorosamente como clérigo caritativo y cristiano.

Llevaron al padre Manrique preso al hospital de San Juan de Dios porque se hallaba enfermo. Tenía el cargo de alcaide en ese hospital—que servía de cárcel—un cierto fray Juan de Merchán, cogulla realista frenético, de gordo cervigillo, ignorante como una paloma de monte y más bestia que una esquina.

Los patriotas que caían enfermos y eran llevados al hospital de San Juan de Dios, en calidad de prisioneros, padecían lo inaudito con la vulgaridad del andorgudo fraile, y el padre Manrique, que tenía agudo ingenio para tomar en lo posible el desquite, hacía al cogulla víctima de sus epigramas y decires, sin dársele una higa del castigo que podía caerle.

Desde tiempos lejanos existe en el hospital un cuadro que representa a San Juan de Dios con un pobre a cuestas, y ese pobre no es otro que el diablo disfrazado de mendigo.

Un día el padre Manrique platicaba con un compañero de hospital y vecino de cama, y le dijo, de modo que lo oyera el fraile Merchán:

—¿Sabe usted lo que representa esta pintura?

—No lo sé, padre—contestó el compañero, sonriendo, porque conocía el ingenio del sacerdote y sabía que la pregunta no se la formulaba a humo de pajas.

—Pues yo sí lo sé—repuso el padre Manrique.

—¿Qué representa?—preguntó el interlocutor.

—Fue—contestó el padre Manrique—que San Juan de Dios pactó con el diablo para cargarlo en vida, con tal de que el diablo cargara con los frailes, en muerte...

De París a Egipto y Palestina

(Notas de Viaje de un filósofo)

POR JULIO ENRIQUE BLANCO

Diciembre 6 de 1927

No se da para nadie ninguna realidad objetiva que no dependa de su individualidad, porque es precisamente por medio de su individualidad, —hipotiposis de una intelectualidad trascendental,—por donde aquella misma realidad se da y obra precisamente para que se constituya en su objetividad. El individuo es, pues, un hecho necesario, y querer oscurecerlo, desvanecerlo, cuando no eliminarlo, suprimirlo, anularlo, como se pretende en esta época de colectivismo, es tan absurdo como vano. Pero por ahí,—en esta tentativa de anulación del individuo,—va toda la existencia en lo presente. ¿Cómo, pues, reaccionar?

Yo torno a mis convicciones y me digo:

teniendo siempre, en el fondo de lo que voy a experimentar, la persuasión de que mi individualidad, personalidad, carácter, no desaparecerá por nada mientras viva mi organismo; y de que así podré continuar en el esfuerzo de abandonarme al flujo de las impresiones sensibles, esa superficie de la existencia, para dejar que ésta venga hasta mí, sin temor alguno de que, al entrar de lleno en la realidad que inmediatamente me circunda, pierda lo que íntimamente he sido, soy y seré siempre yo mismo.

Y hé aquí que así ya hoy, antes de salir completamente del ensimismamiento en que me había aislado,—antes de abandonarme al contacto directo con la naturaleza y con la historia por donde espero saturarme de la existencia fuera de mí,—ya he tenido que afrontar otra realidad que la meramente física o histórica, la más pesada y fastidiosa de todas las realidades, la que precisamente media entre la naturaleza y la historia: aquella que, aun por otros medios, me hace ver desde el principio cuán poco ella depende de mí, cuán mucho yo dependo de ella, sin quererlo ni saberlo, la parte de la realidad social y política que se compone por la burocracia de los funcionarios públicos, ese aparato tan artificial y desproporcionado por encima del cual yo, en mi solipsismo, creía estar colocado. Y efectivamente hé aquí que ya hoy yo, presunto viajero, en los preparativos materiales de

mi viaje, tengo que hacer y tratar con este aparato que las convenciones gubernamentales y las convenciones administrativas han inventado para su usufructo: el de las complicaciones superfluas que se han impuesto para hacer molesta la vida, y en dependencia del cual yo tengo que moverme desde que salgo de mi retiro. Pero inevitablemente he tenido que abandonarme a este movimiento que me impone el aparato burocrático de los funcionarios públicos, sintiendo desde el primer momento su absurdo.

¿Qué es, en qué consiste este aparato, invención de los que viven del Estado y necesitan crear rentas para sus estipendios y dispendios? Ante todo lo que ha de percibir cualquier observador ingenuo: un cúmulo de obstáculos para cualquier movimiento del individuo que ese mismo aparato, se dice, debe garantizar en su libertad; una trabazón de tiranteces y rigideces contra la persona que se obliga a contribuir a su sostenimiento; un oprobio, en suma, para la dignidad humana. Bien pronto veo así que yo, al igual que todos mis demás congéneres (los conciudadanos que viven conmigo regulados por este aparato) quedo reducido al rango de un mero autómatas que diversos resortes mueven e impulsan en todos los sentidos posibles y que así marchó intensamente de aquí para allí, de allá para acá, según sea lo que tengo que hacer. Y eso es un estado de cosas del cual, sin

duda alguna, la inmensa mayoría de los hombres, por la rutina del diario contacto con dicho aparato, jamás se da bien cuenta; un estado de cosas que, si se hace advertir, como justamente he tratado de hacerlo yo mismo, parecerá indiferente a dicha mayoría, porque en verdad nada le importa que sea así o de otra manera; pero un estado de cosas que, ya para mí, se me presenta como un mal que no tiene remedio, por la misma insensatez de los hombres; lo que me hace recelar si en verdad valía la pena abandonar el retiro y aislamiento en que me hallaba, mi idealismo y mi solipsismo. Apenas comienzo a andar por la inmediata realidad social y política que ahora voy como redescubriendo, cuando ya me voy percatando del despropósito en que consiste su estructura.

Así, el hombre que una vez fue llamado «ciudadano», como tal va desapareciendo ya, precisamente porque ser ciudadano corresponde a un concepto racional. Ahora lo que yo voy viendo por todas partes, fuérea de esta Francia donde aún subsiste el *citoyen*, son solamente súbditos, vasallos, miembros incondicionales de los partidos, de los sindicatos, de los fascios, de los soviets. Y, cosa singular, veo que así se van creando nuevas clases que se enemistan aun más inhumanamente que las anteriores, por obra del factor bruto de la economía. Porque ya en ciertos países no existen ni burgueses, ni

capitalistas, ni industriales, ni patronos, por una parte, ni obreros, trabajadores, labriegos, por otra. Pero en cambio,—consecuencia inevitable,—los mismos que comenzaron por hablar de la eliminación de las clases, por un fanatismo inmisericorde, están creando nuevas que se oponen y combaten entre sí más cruelmente que las anteriores: las de los dictadores con todos sus acólitos, los funcionarios públicos, desde los llamados comisarios hasta los soldados, de un lado; y de otro, los que se oponen a la dictadura, quieren la libertad, proclaman ideales humanos y son excluidos de la sociedad, encerrados en campos de concentración, o desterrados con pérdida de todo derecho de nacionalidad; o más sencilla y frecuentemente exterminados, fusilados, decapitados. Así estas nuevas clases se oponen también en una injusticia mucho mayor que la de las anteriores, porque antes las clases que tenían el poder no ejercían violencia alguna, sino afirmaban sus actitudes por meras diferencias de las cuestiones económicas; pero ahora las clases que tienen el poder ejercen la violencia y, en medio de crímenes y matanzas abominables, destrozan, aniquilan, extirpan a los que osan oponérseles...

En resumen, pues, tras los primeros contactos que voy teniendo con la realidad social y política que estoy redescubriendo para preparar mi viaje,

y hechas las consideraciones anteriores que hoy mismo dejo anotadas, pesarosamente llego a la conclusión de que la tierra es ya un planeta donde se está perdiendo por completo la libertad y, con esta pérdida, va degenerando la noción de la dignidad humana. Mas jocosamente en seguida, como para sobreponerme al pesar que este estado de cosas deja en mi ánimo, vengo a preguntarme si en lo futuro se le dejará a la tierra siquiera este nombre de planeta que hasta aquí siempre se le ha dado y que significa, como bien se sabe, «errante». Ciertamente es, me digo en este tono de jocosidad para conmigo mismo, que la tierra, aunque planeta, no se mueve de cualquier manera. Ella obedece a leyes que obran regular y uniformemente en la naturaleza. Y yo tampoco quisiera que nadie andase, errabundo, en el loco azar de una sociedad anárquica. Nó, lo que quiero es que todo el mundo siga, obedezca a las leyes regulares y uniformes que imponen al hombre un orden y tienden a hacer de éste un ente no sólo natural, sino histórico. Por eso debe haber una sociedad jurídicamente estatuida, legalmente ordenada. Pero ¡qué distancia la que hay que notar entonces entre estas verdaderas leyes del estado jurídico, legal, y las falsas que están imponiendo los novísimos regímenes de las dictaduras! Esto es lo que yo no puedo admitir y me llena de pesadumbre. Veo por todas partes que, en vez de la legislación

que se sigue de la naturaleza misma para superar a ésta y llegar hasta la historia, lo que hoy se da como tal es un cúmulo enorme, caótico, en sí contradictorio de órdenes o mandatos perentorios que no hacen más que complicarlo y embrollarlo, violentarlo todo en favor de tales y cuales fines de la voluntad de poder.

¿Cómo reaccionar entonces ante semejante situación? Un remedio inmediato es imposible. Este mal de la sociedad actual radica en errores inveterados de una humanidad que en vano lucha, demasiado joven todavía, para desprenderse de la animalidad a la cual se adhiere íntimamente. Cruento como los animales, si acaso no más que éstos, el hombre de hoy quiere afirmarse una vez más sólo por la violencia, la fuerza, el poder material. Nadie sabe, así, en qué va a parar este lío que de la vida humana están haciendo quienes son la expresión de semejante crueldad, violencia, fuerza y poder. Lo evidente, lo que salta a la vista es por todas partes un oprobio. Sometido como ya está el hombre moderno a la condición de menos que esclavo, —pues el esclavo de épocas pasadas seguía siendo por lo menos humano, y el actual ha sido reducido a mera máquina,—¿no se le está, por ejemplo, obligando a procrear indefinitivamente para que produzca la soldadesca de presuntas conquistas, presuntos imperios nuevos? Hé aquí la frase corriente de estimulación a semejante

ignominia: ¡tal es la vida heroica! Se arrancan a las familias los niños que han llegado a la edad de cinco a seis años, se les aparta y aleja completamente de todo esclarecimiento del espíritu, y se les educa en la obsesión de que su destino está en matar y dejarse matar. Al lado del hombre máquina, el hombre ametralladora.

Que no parezca, pues, osado esto que aquí digo del oprobio en que se está sumiendo la humanidad. Los dictadores que usurpan hoy los poderes de naciones poderosas pretenden acabar, quizás están acabando ya, con la tendencia natural que se marcaba en el hombre, en la humanidad, a producir la existencia superior, la más alta realidad de la historia. ¡Qué mucho entonces si, teniendo a su entera disposición una técnica como la que tienen,—después de hacer autómatas de quienes antes eran ciudadanos libres,—presuman limitar hasta los movimientos,—vuelvo así al tema de estas notas adicionales,—del globo que ellos mismos habitan, del cual nacieron y en el cual son, como decían los antiguos griegos, «gegenes»? ¡Quién sabe! Acaso lo que en broma he dicho se cumpla alguna vez. En todo caso, lo evidente y lo triste es que hoy la llamada realidad social y política ha logrado complicar y coercer hasta los movimientos más sencillos e inofensivos del individuo, y que ni la libertad ni la dignidad de éste, por estimarse peligrosas para los usufructuarios del poder,

ya no cuentan para nada. Cómo y por qué se ha llegado a tal estado de cosas, es por otra parte difícil saberlo y explicarlo. Pero, de cualquier manera que sea, hay que admitir en el fondo de este hecho un descenso monstruoso del espíritu. El hombre que hasta hoy había vivido aspirando a disfrutar de la libertad a la cual le daba justísimo derecho su respeto al derecho de los demás, ya no es más que, o una máquina que vale por su rendimiento, o una ametralladora que cuenta por su eficacia para la matanza, nuevo títere que halan, que tiran las cuerdas rígidas del nuevo monstruo que va siendo ya el Estado moderno, deidad infernal que adoran los nuevos fanáticos de la vida heroica, de las sangrías guerreras de la humanidad, de las conquistas imperiales que se están preparando.

Cierto es,—escribo aún después de hacer una pausa sobre las notas anteriores,—cierto es también que, para explicar este desafortunado estado de cosas, ahora se apela más que a una relajación de los espíritus, a las consecuencias de la última Gran Guerra, la del conflicto de 1914. Y sin duda alguna hay razón para apelar a esta causa. Pero, si se mira más en el fondo de las cosas, se ve entonces que esta causa no ha sido más que ocasional, es decir, que ha ocurrido o, mejor aún, concurrido para que se diera el relajamiento que ya había comenzado y que estaba incubando en los espíritus, satu-

rados de materialismo histórico. Hay que convenir, pues, en que la última Guerra Europea ocasionó este descenso de los valores espirituales que hoy se comprueba por todas partes, este retroceso de la consciencia donde se pierde todo sentido de las grandes responsabilidades humanas ante la obra que la inteligencia le presenta como su labor y donde está el fin de su dignidad. ¿Cómo no había de ser así si la guerra, matanza cruenta, destrucción irrestricta, trae como consecuencia reexaltar los instintos brutales de dominio violento, animal, que ya estaban como domados y dormitaban en el fondo del subconsciente del hombre? Pero por eso mismo la guerra de 1914 no ha sido más que la causa ocasional del estado de cosas en que hoy se encuentra la humanidad. Y para las pocas consciencias alertas que quedan de este desbarajuste y desbaratamiento, es la reexaltación psicopática de lo instintivo, animal y violento que ya se venía manifestando, lo que se muestra como la causa radical y central de ese mal que es el gran mal del siglo XX. El mundo pasa, así, por una fase de psicosis de vida instintiva, animal y violenta. Y comunismo soviético, sindicalismo fascístico, son sólo fenómenos de esa psicosis, que amenaza reafirmarse aún en una ferocidad de imperio.

La queja o el lamento que así, pues, se oye de cuando en cuando por boca de los pocos

espíritus que viven despiertos en la razón, se justifica plenamente. Y hay que execrar la guerra de 1914 como lo que permitió y facilitó la relajación de la consciencia humana ante la obra que verdaderamente tenía y tiene que hacer. Pero es necesario ir más lejos aún para señalar la causa original de esta decadencia. Y esa causa queda ya, para mí a lo menos, suficientemente señalada. Es la causa de los motivos instintivos de la economía animal adoctrinada en el materialismo histórico como la doctrina de la economía política, la causa por tanto que hace que el hombre se reduzca a un mero factor de producción y de conquista e imperio. Ahí, efectivamente, más que en aquella guerra de 1914, es donde está la fuente del mal que hoy se palpa. Y en ese sentido puedo decir, para terminar estas ya tan largas notas de hoy, que el desbarajuste actual se debe a causas mediatas que, si bien se buscan, pueden señalarse con precisión, y señalarse así para que entonces se pueda tratar de evitarlas.

Diciembre 7

Al continuar escribiendo hoy este diario, recordando las notas que escribí ayer, me pregunto: ¿en qué hechos concretos me baso para hacer que las primeras impresiones que recibo al preparar mi viaje, se conviertan en la casi

diatriba que estoy escribiendo contra el estado social y político de la humana actualidad? Pues me digo, como un reproche a mí mismo, que todo lo que escribí ayer no pasa de generalidades, y que acaso estas generalidades no tienen otro fundamento que el de interpretaciones aprehensivas como las que natural e inevitablemente se dan en temperamentos inclinados a la soledad, propensos a sentir y observar en sus mínimos detalles, tan pronto como salen del aislamiento en que se sumen para pensar y razonar, la realidad concreta con que tienen que hacer. De las diferencias que entonces notan entre la concepción abstracta de cómo deben ser las cosas, y la realización concreta de éstas como se dan en el azar de los sucesos, surge entonces la tendencia a verlo todo con pesimismo. Y es eso lo que exactamente está ocurriendo conmigo, ahora cuando voy anotando, paso a paso, sin querer perder ninguna graduación, mi tránsito de la soledad en que abstractamente pienso y razono, a la realidad en que concretamente voy a vivir y obrar durante mi viaje, que para mí comienza,—ha comenzado ya,—desde que en mi interior comienzo a andar, viajar hacia el exterior, y que encuentro primero en la casa donde vivo, en la calle y calles por donde marchó, en este París donde habito, en esta Francia donde ante todo he de moverme para ir a recorrer el mundo. ¿No es así como

en efecto el viaje que me he propuesto empiece a efectuarse ya? Y ¿no debo, por consiguiente, ir anotando así?... Pero está bien el reproche que acabo de hacerme, para que igualmente yo pueda criticarme a mí mismo en la tentativa en que ya estoy empeñado. Comprendo así que sí es natural que un individuo que suele aislarse por temporadas y que lleva durante esas temporadas una vida de solitario, fácilmente se irrite por las dificultades superfluas de la vida, como son las que ofrece la actual organización oficial de la sociedad. Porque ya voy llegando a este punto, y a ellas tengo que referirme.

En efecto hoy,—durante el día, pues estoy escribiendo estas notas ya de noche,—ya he tenido que dejarme llevar hasta la irritación al continuar las diligencias preparatorias de mi viaje y tener que ver con las nimiedades de la organización oficial que se concentra aquí, en París, de todas las naciones del mundo, por medio de sus consulados. Habiendo tenido, así, que comenzar por poner en orden mi pasaporte, he tenido ya que tratar con toda clase de funcionarios, en diferentes consulados, y en la Prefectura de París. Y desde los primeros pasos que he dado me he percatado de cómo no sólo es absurdo todo cuanto a este respecto está dispuesto y mandado, sino de que el mísero individuo queda reducido, en este laberinto de la burocracia oficial de las naciones, a la con-

dición ridícula de un autómatas,—ya en un sentido diferente al de miembro de un partido político,—sobre el cual deciden los funcionarios públicos según sus humores y como sentados en tronos celestes. ¡Con cuánta arrogancia, si no insolencia, miran los empleados que el favoritismo ha colocado en estos puestos de decisión, al pobre sujeto que desea andar por el mundo! Y todo ocurre entonces como anónimamente, sin responsabilidad para nadie, de tal suerte que cualquier injusticia que pueda cometerse,—e innumerables son las que se cometen,—se pierde en el enredo de este burocrático papeleo oficial que no tiene más objeto que complicar innecesariamente la vida. Pero de ello depende la subsistencia de esta nueva clase de los funcionarios que se está creando para oponerla en la lucha abierta a los que no son miembros del partido político que disfruta del poder,—y ¿por qué, además, y para qué se procedería de otro modo si ya el hombre es un sér estereotipado,—«estandarizado»,—al cual se le debe suprimir toda personalidad y carácter, ficha que lleva un número?—¡Todo ahora se trata cuantitativamente!

De ese modo, concreto, pues, los hechos en que me voy basando para el tono de amargura, más que de acritud, con que escribí mis notas de ayer, al mirar desde las abstracciones en que estaba sumido al espectáculo del mundo en el

cual había de moverme para hacer mi viaje. Y recuerdo, así, lo que Louis Bertrand escribió hace veinte años, cuando al contrario, no existiendo aún ni el papeleo burocrático ni la explotación de los pasaportes, facilísimo era hacer, como debería ser hoy también, un viaje al cercano oriente. Dadas las dificultades y obstáculos que ahora encuentro por todas partes en los consulados, me parece una fábula lo que en efecto recuerdo de Bertrand. ¿Era posible, en verdad, que entonces se podía viajar sin pasaporte y, sobre todo, sin pasar por las humillaciones ante los funcionarios por donde hay que pasar? Cuando se lee que esto era así hace un cuarto de siglo, se puede creer que es cosa de cuento. Y, sin embargo, así debió ser... Por eso mismo hoy me he quedado como ensoñando cuando pude leer lo que igualmente dice un Baedeker de aquella época que ya me va pareciendo fabulosa. Para entrar en Egipto, o en Palestina, el pasaporte no era necesario: bastaba una tarjeta de visita. ¡Qué felices tiempos los pasados!—no pude menos que exclamar, mientras trataba de imaginar lo que había sido la vida cuando el materialismo histórico estaba aún lejos de practicarse.

Pero sigo en mis anotaciones y comento. Antes de 1914 se había llegado a una cultura internacional que permitía la venturosa libertad de movimiento que hoy se niega a todo viajante. Y el hecho de que se diera entonces esta segura

y preciosa libertad, y de que con ella el hombre era feliz, prueba para mí una vez más lo inútil y lo absurdo de la actual organización de la sociedad humana, esa monstruosidad que se está haciendo poco a poco por los políticos novísimos para presentarla como la verdadera realidad social del hombre. Y yo he tenido la ocasión de comprobarlo hoy, al pasar precisamente por esta dura prueba. He visto o, mejor dicho, he experimentado así que no sólo, para atender al factor bruto de la economía, se exige una fuerte suma para cada «visto bueno» que se otorga, sino además, para atender a la psicosis de los mandatarios, hay que pasar por un largo y fastidioso interrogatorio,—¿qué digo?—por una verdadera confesión. Esto me ha hecho pensar, de pasada, si el hombre no podrá jamás vivir sin un fanatismo. Porque el fanatismo de las nuevas doctrinas económicas, políticas e imperialistas se me está presentando ya tan extendido, como el intransigente que practicara la Iglesia ultramontana en siglos pasados. ¿Dónde si no está la diferencia de ambos fanatismos, el religioso del pasado y el político del presente, para aferrarse en instituciones tan inhumanas? En el fondo, pues, lo que quiere dominar a la sociedad de los hombres sigue siendo la misma cosa... Pero vuelvo al tema de lo que estoy experimentando en estos comienzos de mi viaje, y anoto: para tratar de obtener el visto bueno para entrar en

algún país, es necesario hoy hacer antesala, adquirir derecho a turno: «hacer cola», llenar con antelación un minucioso formulario de cuestiones y, al fin, presentarse ante el funcionario que ha de decidir, y que decidirá según su humor. ¿Sois anarquista? ¿sois sindicalista? ¿sois antifascista? ¿sois comunista? O, ¿sois obrero, acaso labriego? ¿Necesitáis pues trabajar, ganar para el sustento de vuestra vida? ¿No? ¿Nada de esto? Pues entonces, ¿qué sois? Si por ventura sois el viajero que va a viajar sólo por el placer del viaje,—¡qué suerte la mía al encontrarme en este caso!—si, pues, sois turista y probáis que podéis gastar dinero y que no tenéis el más remoto pensamiento de atentar contra la psicopatía del Estado, entonces, y solamente entonces, para comprobación de que el materialismo histórico prevalece, se os dará la absolución, se os hará pagar una fuerte suma que se pide para el visto bueno, y se os invita cortésmente a salir del consulado, de donde sin duda saldréis lleno de inmensa gratitud.

Pero al fin, por lo que a mí respecta, he logrado ya que en mi pasaporte aparezcan, tras tantas peripecias, algunos de los permisos,—hay que llamarlos así,—que necesito para visitar los países a donde quiero ir: Egipto, Palestina, Siria, Turquía, Grecia y, ya de regreso, una vez más, Italia. ¡Seis visados, por tanto, cuyo costo acabo de calcular en una tercera parte del valor de mi

pasaje marítimo! Y de ahí la razón por la cual esta clase de dificultades no desaparecerá jamás de la moderna realidad social y política! Las entradas por concepto de «visados» tienen ya alcances presupuestarios. Son, pues, factores brutos de la economía de los pueblos y tienen que prevalecer. Y, en consecuencia, no tengo nada más que anotar sobre este punto... Sólo después de ver cómo va quedando de pintoresco mi pasaporte, me resta lamentar lo que en él ya encuentro estampado. Es signo de los tiempos, es prueba del oprobio que hoy pesa sobre la humanidad. No sólo se me ha limitado el tiempo de permanencia en cada país, sino que se me ha prohibido terminantemente el ejercicio de lo que para mí estaba más lejos de ejercer y me parece un derecho que no se puede enajenar cuando se tiene la justa facultad para ello: el trabajo. La orden de semejante prohibición se estampó en mi pasaporte ante todo por mandato de las altas esferas oficiales de Italia. Es, pues, con el visado italiano con lo que se abre, para mí, la serie de prohibiciones que se me hacen: *Il titolare del presente passaporto non può assumere un impiego nel Regno*. Después vinieron las demás. Pero de pasada anoto también todas las idas y venidas, vueltas y revueltas que tuve que hacer alrededor del consulado griego, para que al fin se me hiciera el honor de permitirme, con todas las prohibiciones usuales, el visitar aquel país

que sólo me atraía por su clásica antigüedad. No sé por qué, pero el hecho ha sido que, detrás de mi clara e inconfundible calidad de turista y persona inofensiva, los funcionarios del consulado griego en París tuvieron la sospecha de si yo en realidad no era también un griego, y en verdad un griego expatriado que se «disfrazaba» de colombiano, que quería volver a la patria para promover una revolución. ¿Acaso mi profunda adhesión a Pitágoras y Parménides, Anaxágoras y Leucipo, Sócrates, Platón y Aristóteles se reflejaba en mi cara hasta el punto de hacerme pasar por griego? Entonces me habría sentido lisonjeado... Mas vencida la sospecha, por fin me dieron el permiso cuando, para mayor sorpresa de los modernísimos griegos del consulado de París, yo les dije que el único delito que acaso podría cometer en Grecia sería el de buscar y coger un pedazo de mármol pentálico del Partenón. ¡Quién sabe!—añadí para mayor risa de los funcionarios consulares—¡quién sabe si me toque un fragmento de estatua de Fidias! No ya por revoltoso, sino por tonto, loco o maníaco fui tenido entonces. Y creo que eso fue lo que más contribuyó a que se me diese el visado. Obtenido el cual, para lograr el de Palestina, tuve que ir varias veces al consulado de Inglaterra, donde fueron más atentos, dada la suma que tuve que pagar. Llenados los requisitos de probar que yo tenía el dinero

suficiente para el viaje de regreso y de que por tanto yo no pensaba establecerme en Palestina, se estampó en mi pasaporte el visto bueno de costumbre: *Good for twelve calendar months from date hereof.*

Son, pues, todos estos impedimentos arbitrarios los signos característicos del momento. Y el viajero se queda como turulato, estupefacto. Aún él tiene, es verdad, en su fuero interno, la facultad de pensar libremente. Pero no más. Todo lo restante ya le está vedado. En la única libertad que le queda, así, sólo le es dable razonar. Y razona en consecuencia. El país, los países a donde quiere ir, son todos partes de la tierra; y él mismo, el viajero, es sin duda alguna una parte de la humanidad. ¿Por qué, pues, y para qué, tantas trabas inútiles cuantas se le ponen? Por celos y concupiscencias de los dictadores, para el sostenimiento de ellos en el poder. Y vuelvo entonces tristemente al estribillo que me atormenta y que a los nuevos esclavos hace solamente reír: ya no son libres los hombres ni la tierra. La vida que se está viviendo en la sociedad moderna, la vida de la técnica de los llamados políticos, se opone tenaz y rotundamente a todo cuanto sea libertad. Nuevos mandatarios, nuevos tiranos, nuevos déspotas están surgiendo, pululando, y con su surgimiento y propagación están denigrando la dignidad humana de ser hombre libre al ya anticuado ciudadano

del mundo. Y una melancolía, una tristeza es lo que queda de todo ello.

Diciembre 8

¿No conducirá entonces todo esto, torno a preguntarme, a una reacción que haga fracasar el marxismo y el sorelismo,—las dos doctrinas fundamentales del comunismo, por una parte, y del fascismo, por otra parte,—es decir, de lo que se está practicando en la Rusia de los soviets y en la Italia de los sindicatos? Y ¿no será así como Europa podrá salvarse del abismo al borde del cual ya va marchando? Trato de aguzar mis sentidos para ver si percibo por alguna parte esa reacción, y no encuentro esperanza alguna. A pesar de que se está palpando que todo este lío de la novísima realidad social y política, bajo el signo del materialismo histórico, es la expresión de la distancia, de la desaveniencia, del desacuerdo que existe entre las doctrinas y las prácticas de quienes dirigen los destinos de las naciones y se presentan a sus pueblos como semidioses, lo más probable es que Europa, que el mundo que se contaminará con ella, conduce por esta vía que ya va por el borde de un abismo: el que igualmente se predica de la vuelta a la barbarie primitiva, la del hombre bestial frente al hombre bestial. Pero ¿por qué los pueblos son tan insensatos? Quienes hoy los mandan,

comenzaron por hablarles de la felicidad, de la tranquilidad económica y de la paz militar. Para eso se proponían acabar con la lucha de las clases, mientras extirpaban éstas para crear otras... Mas no bien han llegado al poder estos dirigentes, cuando ya han olvidado toda doctrina y promesa, y sólo se han interesado por conservarse en el poder. Y la demagogia se convierte entonces en demofobia que avasalla, y, avasallados los pueblos, ya no pueden reaccionar.

Esto es, pues,—sigo anotando,—lo que se me va presentando a medida que, en esta primera etapa de mi viaje en que apenas estoy pasando del interior de mi espíritu al exterior del mundo, voy avanzando. Me basta mirar a los países donde se acusa con mayor crudeza lo que así percibo, para comprender cuán ineludible es, en el momento por donde está pasando la humanidad, el descenso en que ha caído la dignidad del hombre que venía formándose como representante, como tipo de una cultura. ¿Qué, si no, es lo que se está cumpliendo en Rusia, qué lo que en Italia, por ejemplo, los países más exaltados de los regímenes novísimos? Precisamente la reducción del hombre, después de haberse hecho de él un autómeta, una máquina, un factor bruto que se aprecia cuantitativamente por su mayor o menor rendimiento, al papel de turiferario cuya única ocupación fué del trabajo debe ser cantar himnos

al dictador, so pena de cárcel o muerte. Ya en la mente de Marx,—quien por ser de raza semítica tenía que propender a esta deificación de los que ejercieran la nueva dictadura por él proclamada,—como en la mente de Sorel, apuntó esta consigna de endiosar a los dictadores del materialismo histórico. Pero la práctica ha excedido hasta la deformación esta consigna y el endiosamiento que se ha visto de un Lenín, que se ve de un Mussolini es tal, que ni siquiera entre los esclavos de los sátrapas se practicó de esa manera. Y en este estado de un servilismo peor que el de los esclavos de un mundo que ya casi parecía ido para siempre, ¿cómo ha de ser posible la reacción que impida a Europa, quizás a todo el mundo, caer en el abismo al borde del cual está marchando?

Busco, en mi anhelo de probarme que me engaño, otros aspectos de la realidad social y política en que ya comienzo a transitar. ¿No será posible que si no de las actuales juventudes, sí a lo menos de las nuevas generaciones venga la reacción anhelada? ¡Ah! No bien me he planteado esta pregunta cuando ya veo el extravío, la corrupción,—no se puede llamar de otro modo,—y el perdimiento fatal por donde se están conduciendo no sólo las juventudes, sino las generaciones que ni siquiera han salido de la infancia. ¿No resuenan en Italia por todas partes las cornetas, tambores y hasta fusiles de

los balillas? Y en Rusia ¿no se obliga hasta a las niñas a entrar en servicios semejantes? ¿No se está haciendo de las nuevas generaciones de mujeres, masas de soldados? Entonces, contra semejantes abusos de las intenciones mismas que ha tenido y tiene hasta la naturaleza bruta, ¿qué esperanza queda? En los nuevos regímenes no se habla más que de vida peligrosa, de educación heroica, de aptitud para la lucha bélica, de disposición incondicional al sacrificio de los individuos... ¡Coraje para la guerra! ¡Vigor para resistirla! ¡Milicia! ¡Fuerza! ¡Armas! ¡Embate! ¡Matanza! ¡Conquista! ¡Imperio! Tales son las voces que se oyen,—que yo oigo, desde París, en la lontananza de los países gobernados por dictadores,—como la consigna de la más reciente pedagogía. ¿Para qué la ciencia pura y verdadera? ¿Qué importa la investigación de la verdad si ésta no sirve al poder de un déspota? Que se cree solamente una técnica industrial, como una generación fabril y guerrera, es lo que importa. Y en mi obsesión insisto: ¿cómo ha de ser posible, así, la reacción que salve a Europa, quizás al mundo, del abismo ante el cual se encuentra?

Noto el contraste entre el tipo de hombre de cultura que se había comenzado a producir, que debía seguir produciéndose, y el tipo de hombre de dictadura que ahora se está intentando, que se quiere seguir produciendo. Mien-

tras se comienza, desde temprano, a oscurecer la mente de los niños, se hace creer a los adolescentes que se mantendrán jóvenes, sanos y vigorosos sólo en cuanto se sometan a las disciplinas militares y estén siempre dispuestos heroicamente al sacrificio de sí en una guerra a muerte que vagamente se deja entrever para un futuro cercano. El crimen más horrendo, y la prueba más evidente de flaqueza, debilidad, enfermedad, vejez, en concepto de los novísimos mandatarios, es así la incapacidad o falta de voluntad para ser soldado. Sólo la potencia para matar a un presunto,—en el fondo bien designado: el que bajo otros regímenes ha producido riqueza,—enemigo, es criterio de salud, de vigor y de juventud... En cambio, nada que recuerde siquiera la vieja, clásica, ejemplar cultura humanitaria. Al contrario, puesto que «humanitarismo», «humanismo» serían signo tan grande de decadencia, se quiere hasta eliminar esas palabras del lenguaje moderno. De donde la abolición completa de todo lo que aún se resiente de un ideal noble de humanidad. La consciencia que se hace alma, el alma que se hace espíritu, el espíritu que se hace filosofía, la filosofía que se resuelve en inteligencia pura para establecer un orden verdaderamente superior y satisfactorio de la existencia humana,—eso, se dice y enseña, se inculca desde la infancia, es antigualla, vejez, chochera. ¡Como si la ver-

dadera, real e imperecedera juventud, salud, vigor, no consistiera precisamente en el desarrollo de la consciencia que jamás decae, del espíritu que aspira a la ciencia, de la ciencia que se torna en la filosofía de una vida de paz y felicidad! Pero nó, lo que se quiere y lo que se está procurando es mano fuerte, voluntad ciega para guerrear, conquistar y dominar. Y todo se resuelve, o ha de resolverse entonces en lo que sí es una antigualla: la tendencia más vetusta, por cuanto meramente animal, del hombre a imperar por la fuerza: el imperialismo de los tiempos pasados... La consecuencia es para mí que la reacción que contemplo como el único medio para la salvación de Europa y del mundo, no ha de venir sino después, ¡ay! de haber caído en el abismo que hoy se le abre y después, por tanto, de mucho tiempo.

Mirando aun desde otro punto de vista a lo que así voy considerando por reflexión sobre el mundo en el cual voy ya marchando de nuevo, se me ocurre anotar también que lo que está sucediendo es que el hombre no es ya más estimado como fin en sí, sino como medio, y no sólo como medio del factor bruto de la economía, sino como medio del factor violento de la dictadura: no sólo, pues, como máquina de producción, sino como instrumento de exterminio. ¡Haber hecho tanto aspaviento con la sabiduría económica del materialismo histórico, para parar

en la vieja brutalidad del militarismo imperialístico! Por esa vuelta que deja estupefacto al que la considera, se llega a esta conclusión: que ya no se quiere que cada hombre llegue a ser un Sócrates, un Platón o un Aristóteles, prototipos que ejemplificaron al hombre como fin, en sí, sino un Alejandro, un César, un Napoleón, antitipos que ejemplificaron al hombre como medio. Pero no serán ciertamente ni los Alejandros ni los Césares, ni los demás jovenzuelos atrabiliarios y viciosos que, por un azar de circunstancias que afortunadamente ocurre raras veces, han guerreado y matado, conquistado y pillado, los que podrán hacer algo positivo y duradero por el bien de la existencia. Y lo poco que aún se ha logrado de verdadera historia, está ahí para demostrarlo.

Pero noto, al llegar a este punto, que todas estas consideraciones generales me alejan del propósito más concreto que me he señalado para este diario. No las he podido evitar, porque la reflexión que es mi primera reacción ante la realidad social y política en la cual me estoy moviendo ya, me las da inevitablemente para explicarme las dificultades que he tenido que vencer para obtener los visados,—vuelvo a ello,—de Inglaterra para Palestina, de Francia para Siria. En efecto, basta considerar todo cuanto así y hasta aquí he considerado, para comprender la razón de dichas dificultades. Has-

ta en estas naciones, que confrontan la perspectiva de un mundo que amenaza arruinarse, tienen que sentirse los efectos del materialismo histórico que ya francamente se va declarando como la antigualla del militarismo imperialístico... de los novísimos regímenes. Y ¿cómo, entonces, querer que la vida se facilite y haga liberal y amable? Hasta entre sí, Inglaterra y Francia, los dos pueblos hoy más cultos de Europa, dificultan sus relaciones. Por ejemplo, Inglaterra se opone a que el francés trabaje en tierra inglesa; Francia no permite que el inglés trabaje en tierra francesa, aunque este trabajo se haga con la mayor rendición posible y de la manera más honorable, si no se cumple con ciertas condiciones. A lo sumo, así, ambas naciones se hacen concesiones mutuas, se conceden recíprocos permisos para que, compensándose entre sí, los ciudadanos de cada uno de dichos países puedan trabajar, fuera del propio, en el otro. Pero ya esos mismos permisos se van limitando cada vez más, y por fin vendrá un día en que se habrán acabado. Pasará con ellos, pues, lo que ya está pasando con las importaciones, porque hombres y mercancías son hoy exactamente la misma cosa. Ya, en efecto, las importaciones se están limitando por contingentes, y ya en este sentido los recursos se están agotando. ¡Los contingentamientos, como hoy se dice, ya pues se están mostrando insuficientes e incapa-

ces para resolver los problemas de la producción industrial y del intercambio comercial! Y Francia e Inglaterra confrontan así, para sus relaciones mutuas en lo humano y en lo mercantil, serias y graves dificultades. ¿Cómo, pues, semejante estado de cosas no ha de empeorar cuando se trata de pueblos o naciones que se han puesto bajo su mando y vigilancia? Lo que veo, al anotar esto, es que el mundo de la realidad social y política en el cual ya estoy viajando, no es ya más que un mundo de guerras: guerras económicas y guerras militares: guerras de tarifas y guerras de dominio: guerra... guerra... guerra...

No es, pues, que yo vaya apartándome mucho del propósito de este diario, mientras voy escribiendo sobre todas estas cosas, que son las que voy encontrando a mi paso, apenas he salido de mi aislamiento, oteándolas desde París. Mis reflexiones van obedeciendo así a mis primeras e inmediatas reacciones, a medida que voy desplazándome de mi interior hacia el mundo sensible en el cual, como lo digo, ya estoy viajando. Y torno en seguida a preguntarme, por esta misma reflexión o reacción, en el dialogismo incesante de mi pensamiento, cuál va a ser, en esa situación, la consciencia, el alma, el espíritu, la personalidad, el carácter que el hombre está adquiriendo en semejante mundo. Pero ya creo haberlo sugerido: bien distante de la

consciencia de los prototipos, bien próxima a la consciencia de los antitipos de la humanidad. Con la pérdida completa de la libertad individual, con el vasallaje y servilismo de los ciudadanos, con el menosprecio del respeto que a sí mismo se debe cada sujeto humano, con el rebajamiento en suma de la dignidad de ser hombre, ¿qué consciencia significativa, qué alma elevada, qué espíritu científico, qué personalidad noble, qué carácter recto podrá obtenerse? Pero ¿no siento, no advierto, no comprendo en seguida de planteada esta cuestión, que si yo me atreviera a formularla de viva voz o a publicarla claramente, como la estoy anotando aquí, sería inmediatamente tomado por un sujeto que está viviendo fuera del tiempo? Enhorabuena. Siga siendo yo un extemporáneo. Que la razón que está por encima de todos los tiempos, el logos anacrónico que jamás perece y mantiene siempre jóvenes y vigorosos, verdaderamente sanos y alegres las consciencias, las almas, los espíritus, las personalidades y los caracteres, siga siendo mi fuente de inspiración.

(Extractado de *Universidad de Antioquia*).

Después de tantos preparativos, de tantas muecas y tanta palabrería, le ha tocado a Mussolini hacer un infame papel en la actual contienda europea.

Del "Diario de Costa Rica"

(De 10 de julio de 1940)

Hemos conversado con don Elías Jiménez Rojas sobre los grandes pueblos del mundo y sobre la liquidación de valores que parece operarse en este momento histórico. Entusiasta, puso en primer término a los ingleses, y resumió su historia en la siguiente forma:

—No quisiera desconocer los méritos de los franceses, de los alemanes, de los belgas, de los austriacos, etc.; pero si se me obligara a decidirme por un pueblo únicamente, tendría que decir: LOS INGLESES. No obstante las manchas que se les señalan, son los ingleses los hombres más limpios de cuerpo y de espíritu, y los más leales; los más enérgicos exploradores, los más geniales investigadores, los más preclaros sociólogos. Como artistas, distan quizás mucho de los franceses, de los alemanes, de los rusos; pero esto no es más que un lunar, a mi parecer.

Voy a recordar algunos nombres de ingleses famosos. Callo los nombres de los exploradores, pues están escritos en la armazón misma del globo: ahí donde haya habido un estrecho difícil, una cumbre inaccesible, una hazaña geográfica que exija valor y tenacidad. Suceda lo que sucediere, así haya que borrar del mapa los nombres de todas las naciones, el de Inglaterra persistirá por siempre jamás en el corazón del planeta.

Dejo de lado los nombres de sus gentes de letras: Shakespeare, Milton, Walter Scott, Dickens, Byron, talvez discutibles. Paso por alto también los nombres de los filósofos y sociólogos: Hobbes (siglo 16), que limita la filosofía a los hechos que pueden observar

nuestros sentidos; Locke (siglo 17), apóstol de la libertad política y religiosa, padre de la filosofía del siglo 18; J. Stuart Mill, que define con precisión el individualismo; Spencer, «el Aristóteles moderno»; Edmundo Burke, el adversario acérrimo de la Revolución Francesa, que dice: HE AMADO SIEMPRE LA LIBERTAD DE LOS DEMÁS, etc.

Voy a traer a la memoria solamente algunos nombres de sabios ingleses autores de inventos que nadie debe desestimar:

Rogero BACON (siglo 13), el «Doctor admirable», que realiza una multitud de descubrimientos (pólvora, lentes, telescopio, etc.).

Francisco BACON (siglos 16 y 17), autor del *Novum Organum*, uno de los fundadores del método experimental.

Isaac NEWTON (siglos 17 y 18), que funda el álgebra y el cálculo infinitesimal, formula la ley de gravitación universal y crea la óptica.

Roberto BOYLE (siglo 17), fundador del Colegio filosófico (más tarde *Sociedad Real* de Londres), que estudió la evaporación de los líquidos en el vacío, descubrió la ley que liga los volúmenes de los gases a las presiones que soportan, y descubrió los fenómenos más importantes de las combustiones.

Carlos Roberto DARWIN, naturalista y explorador eminente, a quien se debe la teoría sobre la selección natural y la gran obra sobre el origen de las especies.

William HARVEY (siglos 16 y 17), figura sin igual en la historia de la biología, que estudia los movimientos de la sangre (grande circulación) y los «ejercicios de generación».

Miguel FARADAY, que hace conocer la inducción eléctrica, el diamagnetismo, la magnetización de la luz, y es uno de los padres de la química.

○ José PRIESTLEY, filósofo como casi todos los sa-

bios ingleses, se le llama el padre de la química neumática; descubre el oxígeno y el nitrógeno.

J. BRADLEY (siglo 17), que descubre la aberración de las estrellas y la nutación del eje terrestre.

F. W. HERSCHELL (hay que descontar la herencia alemana), que descubre la traslación del sistema solar, el planeta Urano y sus satélites y los de Saturno.

W. HUGGINS, que crea el análisis espectral celeste y mide la velocidad de las estrellas relativamente a la Tierra.

J. TYNDALL, que establece las relaciones entre el magnetismo y la afinidad molecular.

W. CROOKES, que descubre el talio y estudia la materia radiante. Los «tubos de Crookes» condujeron al descubrimiento de los rayos X.

N. RUTHERFORD, a quien se deben los más brillantes estudios sobre el radio y la transmutación de los elementos químicos.

W. THOMPSON (lord Kelvin), que establece el principio de la degradación de la energía.

W. H. WOLLASTON, que descubre el paladio, el radio, la rotación de los imanes, perfecciona el goniómetro de reflexión y el microscopio y realiza un gran número de otros inventos.

H. CAVENDISH, que determinó la densidad media del globo, descubrió la composición del agua, hizo conocer las propiedades del hidrógeno y del ácido nítrico y fue el primero que hizo el análisis completo del aire.

J. DALTON, que estudia las tensiones de vapores y descubre la ley química de las proporciones múltiples, uno de los fundamentos de la teoría atómica.

MAXWELL, que liga el mundo de la electricidad y el de la luz y hace posibles las maravillas de la radiotransmisión.

Noto que estoy haciendo un esqueleto histórico

demasiado árido e incompleto y que los nombres y cosas que me faltan llenarían un libro. No he mencionado a WILLIAMSON, uno de los fundadores de la química orgánica, ni al físico RUMFORD, ni al embriogenista y citólogo BALFOUR, ni al naturalista HUXLEY, ni al geólogo GEIKIE, ni a Tomás YOUNG (inventor de la teoría de las interferencias y del erímetro, con el que midió los glóbulos rojos de diversos animales), ni a JENNER ni a LISTER, tan populares, ni a W. RAMSAY que en cinco años descubrió cinco elementos nuevos (neon, argon, helio, krypton, xenon), ni a Humpry DAVY (a quien debemos la lámpara de mineros y el descubrimiento de siete de los elementos químicos más importantes).

No abusaré más. Ojalá se pregunte el lector quién inventó el péndulo balístico, el rayado de los cañones, los proyectiles, los rieles, las máquinas de vapor, las locomotoras, la hélice, la bicicleta, los aviones, etc., y dedique un pensamiento a ROBINS, SHRAPNELL, WATT, CHAPMANN, STEPHENSON, WRIGHT, etc.

La nota de la página 268 no ha quedado bien. Después de haberla escrito, he podido leer la lista de los «universitarios fieles» y he visto que no soy el único sobreviviente. Viven afortunadamente varios. Entre ellos don Leonidas Carranza, don Alberto Echandi y mi hermano Mariano.—*e. j. r.*

La dictadura del Poder Legislativo

En un momento en que la discordia reina en todo el orbe, quisiera yo encontrar el modo de externar mis opiniones sin atizar los ánimos. Lo quisiera, por espíritu de pacificación, no de neutralidad. La neutralidad es cobardía. Voy, pues, a ver si puedo responder sin querrela a la interpelación—digamos así—de dos amigos.

I.—El buen éxito, en toda clase de cosas, depende de la MEDIDA. En régimen republicano hay que saber respetar el principio de la alterabilidad en el poder sin debilitar o discapacitar este poder. Sin estabilidad, sin eficacia, sin responsabilidad, el gobierno se convierte en des-gobierno. Ahora bien, los períodos minúsculos, menores de cinco años, tienen esos inconvenientes apuntados: hacen de la política electoral una dispendiosa maroma o «rueda de Chicago». En la América española, tan enamorada de los períodos minúsculos, no hemos tenido más que dos clases de gobiernos: los buenos, que no han hecho nada, y los otros, que se han convertido en vitalicios o semi vitalicios.

II.—En Costa Rica hemos salido del Derecho desde 1888, con premeditación y con malicia. Tenemos una Constitución mal nacida, jurada por todos nuestros gobiernos y desobedecida por todos, sin excepción. Los mejores han cohonestado su desacato mediante una superchería: la de hacer que la Constitución sea reformada por una Cámara sin mandato de constituyente.—ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.